

La Revista Blanca



Colaborador

Soledad Gustavo

Luisa Michel

Pedro Dorado

F. Giner de los Ríos

Juan Giné y Partagas

Fompeyo Gener

U. González Serrano

José Esquerdo

A. Sanchez Pérez

Fernando Tarrida

Francisco Salazar

Manuel Cossío

Carlos Malato

Miguel Unamuno

Anselmo Lorenzo

Fermin Salvochea

Ricardo Mella

Jaime Brossa

Ricardo Rubio

Pedro Corominas

Nicolas Diaz y Pérez.

Nicolás Estévanez

Doctor Boudín

Donato Luben

P. Kropotkin

Eliseo Reclus

Sereno,

Federico Urales

Administración:

1, CRISTÓBAL BORDIU, 1

Madrid.

Resurrección



DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista. En venta: Casa editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 ptas. uno
EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo, 3 pesetas.
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.
LA MONJA, por Diderot, 1 peseta.
ELEMENTOS DE ANARQUÍA, por G. C. Clemens, 40 céntimos.
SANTOS CASERIO, por Pedro Gori, 20 céntimos.
EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX, por Nicolás Díaz Pérez, 2,50 pesetas.
Colección del tercer año de REVISTA BLANCA, 4 pesetas.
JOSÉ MAZZINI, por el mismo, con un prólogo de Pi y Margall, 1 25 pesetas.
DE LA INSTRUCCIÓN, conferencia sobre la enseñanza laica, por el mismo, 2 pesetas.
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellicer, 75 céntimos.
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.
LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Hlenatnom, 20 céntimos.
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Eliseo Reclus, 1 peseta.
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos.
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.
¿DÓNDE ESTA DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dnitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.
EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
SEBASTIÁN KOCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 80.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

15 Octubre de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.
CIENCIA Y ARTE: *Ejercicios de fuerza*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónicas de arte y de sociología*, por J. Pérez Jorba.—*La luz*, por Maurice Donnay y Lucien Descaves.—*París*, por Emilio Zola.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO VI)

No ocurre lo mismo con Francisco Suárez, de la compañía de Jesús, que nació en Granada el año 1548. Este pensador, como buen teólogo, pospone la especulación al experimento. Procedé del tomismo y discute las principales teorías de su maestro, logrando constituir una escuela que se nombró á sí misma suarizta y que dividió á los escolásticos en partidarios de Santo Tomás y de Francisco Suárez. Es éste uno de los pensadores más genuinamente español. Estudió Derecho en Salamanca y Teología y Filosofía en la orden de los jesuitas. Después fué profesor de Teología y Metafísica en las Universidades de Segovia, Roma, Alcalá, Salamanca y Coimbra, dejando en todas ellas numerosos discípulos y maestros que continuaron su doctrina. Intellectualmente demasiado poderoso para un cuerpo doctrinal tan gastado como la escolástica, contribuyó á la muerte de esta filosofía con la potencia de su cerebro, en exceso metafísico para poder concretarse á las reglas clásicas de la escolástica. Lo discutió todo, lo sometió todo á su potencia cerebral. Consideraba que el entendimiento no existe como obra de la experiencia, de la vida, del estudio, de los desengaños, de los hechos mundanos; sino que el conocimiento es esencialmente espiritual, obra de Dios; afirmando que no hay diferencia entre el alma y su potencia, mejor y más claro, que no puede dividirse en cualidades, porque constituye un todo. Como se ve contradice á Santo Tomás, el patriarca de la escolástica, en cuanto éste afirma que el alma tiene tres potencias: la memoria, la inteligencia y la voluntad. Suárez entiende que estas tres potencias están fundidas y confundidas en el alma y que no constituyen una cualidad especial, sino la esencia de ella. Divide á los seres en infinitos y finitos y en ninguno distingue la esencia de la existencia, sino que las confunde. La vida es la esencia de la existencia y la existencia es la esencia de la vida.

Funda la inmortalidad del alma en el hecho de no hallar en este mundo recompensa la virtud ni castigo el vicio. Esta teoría nos conduce derechamente á la ineficacia, no ya

de la ley civil, sino de la autoridad moral ejercida por los sacerdotes. Porque si es preciso que haya cielo para que en él hallen recompensa los buenos, y para que haya cielo es indispensable que el alma sea inmortal, ¿qué misión realizan en este mundo, así los reyes como los papas, los sacerdotes como los jueces? Ninguna, puesto que en la tierra ni la virtud halla recompensa ni el vicio castigo.

No admitimos, sin embargo, esta teoría los anarquistas, para negar la eficacia de la ley, puesto que equivaldría á dejar para el otro mundo la práctica de la justicia, mientras los pastores del rebaño humano gozarían en esta vida los beneficios que sacarían del abandono de derechos que supone esperar en otra el reinado de la verdadera felicidad, que es á lo que han tendido siempre los sacerdotes de todas las religiones.

Suárez distingue, también, la conciencia refleja de la directa, la que es el resultado de un estudio ó la que procede de un acto, y entiende, además, que el conocimiento de Dios no puede ser la obra de un acto instintivo, puesto que Dios, según Suárez, está en presencia en todas partes y, por consiguiente, reconoce que la idea de Dios no es una obra del saber ni del talento, sino que es una existencia eterna, natural y propia que nace al nacer el hombre.

La existencia del ateísmo, de los hombres que no creen en Dios, entre los cuales nos contamos, destruye por completo estas teorías de Francisco Suárez, puesto que *naturalmente, indiscutiblemente* para los ateos no existe Dios, á pesar de su pretendida naturalidad y eternidad.

Ya se comprenderá que estamos metidos en un cuerpo de doctrina diferente del seguido hasta ahora; pero no tenemos otro camino para continuar la evolución de la filosofía española, y si bien esto no es evolucionar, sino retroceder hacia los tiempos de Pitágoras y de Platón, creemos conveniente dar las notas más pronunciadas de la filosofía en los siglos XVI, XVII y XVIII, tan escasos en verdaderos pensadores y tan abundantes en literatos, en artistas y en teólogos.

Fueron discípulos de Francisco Suárez, en España, Gabriel Vázquez, Pablo Vallín y Pedro Hurtado de Mendoza, y como si la metafísica fuese propia de cierta raza, el suarismo imperó en Alemania sobreviviendo á Leibnitz, hasta que la nación produjo un metafísico propio, el gran Kant, que en cierto sentido no hace más que continuar las teorías del pensador granadino. Pero este es un asunto para hablado cuando tratemos del reverdecimiento de esta metafísica, que es importada á España después de haber salido de ella por los filósofos españoles que nos dieron á conocer la metafísica alemana en uno de sus pensadores más especulativo é intelectualista, cual era Krause.

*
**

Gómez Pereira fué un médico notable que por algún tiempo cuidó de la vida de Felipe II. Hay dudas sobre el punto de su nacimiento: unos autores lo creen portugués y otros dicen que nació en Medina del Campo, donde ejercía la medicina. Publicó su obra principal, *Antoniana Margarita*, nombre de sus padres, el año 1554 y á la edad de cincuenta y cuatro años; luego Pereira nació en 1500. Fué, pues, contemporáneo de Vives y se le tiene por discípulo del filósofo valenciano. Una de las cualidades que más sobresalen en Pereira es su independencia de criterio. No quería someter su razón á la de nadie y en asuntos filosóficos no reconoce otra autoridad que el propio criterio.

Antoniana Margarita trata del raciocinio de los animales, y con un tema tan poco ameno é interesante, el libro adquirió mucha fama. Gómez Pereira se declara partidario del raciocinio animal y saca de esta conclusión atinadas consideraciones sobre el origen

del entendimiento humano. Los espiritualistas, exceptuando á los espiritistas, creen que los animales no tienen alma; algunos, pocos, estiman que la poseen de peor condición que los humanos. Los materialistas entendemos que el mayor discernimiento de los hombres no se debe á las condiciones de su alma, sino á la mayor perfección de su cerebro, como á la mayor perfección de sus manos debe el hombre su industria. Entendemos que el discernimiento perfecto corresponde á cierta configuración del cráneo, y que á medida que esta configuración adquiere forma menos perfecta, el entendimiento se debilita con todas sus condiciones de voluntad, razón, etc.

Así, pues, creemos que los llamados animales irracionales raciocinan en relación con su estructura cerebral.

Del mismo parecer es Pereira, si bien no saca de esta idea las conclusiones materialistas á que se prestan y conducen inevitablemente al pensador en nuestros días. El que admite grados de raciocinio según los grados de estructura cerebral, ha de admitir una evolución intelectual como admite una evolución material, es decir, de forma corporal en la escala de los seres. De consiguiente, el alma y el espíritu, que por su esencia, por su inmaterialidad, han de ser imperfectibles, por ser perfectos no pueden existir en unos cerebros que se transforman y evolucionan continuamente. Si el alma fuese igual en los hombres que en los animales, todos los seres tendrían iguales grados de discernimiento y esto bien vemos que no es verdad. Si estuviesen dotados de almas diferentes, pero de alma al fin, ¿cómo explicarían la falta de la memoria ó la pérdida de la razón á consecuencia de un golpe recibido en la cabeza?

El alma inmaterial no podría perder ninguna cualidad por un accidente material. Tenemos, pues, diferentes grados de razón, de criterio, de voluntad, de discernimiento, porque estamos dotados de diferente estructura cerebral, y el animal es menos inteligente que el hombre, pero es un inteligente relativo por las mismas leyes orgánicas. Así se explican experimentalmente, científicamente todos los trastornos y todos los defectos del cerebro.

Claro que Pereira no llegaba ni podía llegar á estas conclusiones, aun siendo un médico notable, porque el ambiente científico y filosófico de entonces no lo permitía; pero no dejó de asentar, quizá sin querer, un buen golpe al espiritualismo.

Gómez Pereira, como su contemporáneo y maestro Vives, no estaba conforme con las ideas de Aristóteles, sobre todo con aquellas que se refieren á los principios de los cuerpos; no admitía que la sensación fuese externa y objetiva, sino que la consideraba interna y subjetiva. Aparte de esta teoría de carácter más especulativo que experimental, Pereira, como Huarte, armonizó la ciencia con la filosofía, sacando de esta hermandad abundante teoría naturalista, puesto que de la naturaleza, del estudio de los animales y de las cosas, sacaron las fórmulas para sus ideas.

Continúa y acentúa la obra de Pereira, Francisco Vallés, admitiendo que los animales están dotados de razón; pero este autor da á su obra un carácter tan escéptico, que llega á dudar de todo, incluso de sí mismo.

* *

Debajo de estos pensadores que hemos reseñado y de la atmósfera intelectual que crearan con sus obras y sus cátedras, existe otra clase de filósofos continuadores unos de la mística ortodoxa, como Nierember, Sor María de los Angeles, etc., y otros defensores del escolasticismo, como Vallés, apellidado el Divino é Isaac Cardoso. Pero su examen no reportaría factores nuevos en este problema, ni los consideramos verdaderos filósofos por la investigación teológica y especulativa á que se dieron.

Hemos tomado y dado razón de aquellos pensadores más ó menos científicos que de alguna manera siguieron la orientación trazada por Vives, ya en lo meramente abstracto, ya en lo referente á las ideas y problemas que tienen aplicación en la vida ó en la ciencia.

A ningún lector se le habrá escapado la diferencia de detalle que existe de Vives á sus continuadores, diferencia que es debida, más que á la doctrina misma, á la diferente profesión que ejercieron los que la cultivaron y propagaron y á las diferentes aptitudes naturales de los mismos. Sin embargo, una tendencia les liga á todos y más á Huarte y Pereira que á los demás, y es, en primer lugar, la independencia de criterio, y después la preferencia que daban á las cosas de la tierra, la salud, la educación, etc., sobre las del cielo.

Esta corriente siguió también Juan Caramuel, que nació en Madrid el año 1606; estudiante de Filosofía y Teología en Alcalá y Salamanca y luego fraile y después obispo. Por supuesto que de semejantes pensadores no podía salir la destrucción del dogma ni de la fe, ni la emancipación completa de la conciencia de aquella idea espiritualista que, á manera de losa, pesa sobre el entendimiento humano, desde largos siglos; pero fueron, de entre los que habían de vivir y vivieron de la ignorancia del pueblo, los más veraces y los más inteligentes.

Caramuel no es tenido, á pesar de sus hábitos, como filósofo clásico ni ortodoxo, antes al contrario, proclamó el libre examen y fué el primer pensador español que sometió á su espíritu crítico la doctrina de Descartes, contemporáneo suyo, que inició la dirección idealista dentro del empirismo baconiano. Vives, Caramuel y Feijóo, constituyeron el nervio de la verdadera filosofía española durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Huarte y Pereira forman el lado científico y Suárez el metafísico. Juntos representan el árbol más ó menos lozano del pensamiento español en el período señalado. Los otros pensadores no lograron ver más que problemas meramente abstractos, de orden espiritual, y hasta cuando intentaron hablar de física lo hicieron en sentido especulativo, sin que el experimento entrara para nada en sus conclusiones.

Obraban así quizá para parecer más profundos, pues Vives pecaba de sencillo y superfluo y ellos extremaron la nota contraria hasta el punto de que la mayoría de las veces nadie les entendía, ni ellos tampoco.

En lo que se distinguían más los escolásticos era en las luchas que sostenían entre sí y que revestían caracteres graves. Los tomistas iban contra los escotistas, éstos contra los suariztas y los suariztas contra todos, y hasta alguna vez intervenía en la contienda algún lulista, que era así como un reflejo de la luz que languidecía del filósofo mallorquín.

La escolástica no tenía remedio. Sumergida en el abstraccionismo, en el intelectuallismo, no pudo sumarse á la corriente filosófica que dominaba en otras naciones.

Aquello no es pensar, es delirar.

Melchor Cano, fraile dominico que conocía bien el paño, allá por la segunda mitad del siglo XVI, escribía la siguiente filípica contra la escolástica:

«¿Quién podrá sufrir aquellas disputas sobre las *universales*, sobre la analogía de los nombres, sobre lo primero conocido, sobre lo que llaman principio de individuación, sobre la distinción de la cantidad y de la cosa cuanta, sobre lo máximo y lo mínimo, sobre lo infinito, sobre las proporciones y grados, y otras seiscientas cosas á este tenor, de las cuales ni yo mismo, con no ser de ingenio muy tarde, y con no haber dedicado poco tiempo y diligencia á entenderlas jamás he podido formarme idea clara? ¿Pero por qué he de avergonzarme de no entenderlas, si tampoco las entendían los mismos que primero las trataron?»

No, la escolástica no revive y si revive es para volver á morir.

No podía seguir la corriente experimental, porque entonces no hubiera habido escolástica, y no pudiendo seguir la corriente experimental murió por sus mismos vicios de origen. Si se asociaba á la revolución filosófica moría ahogada por ella, y si la combatía, también.

Santo Tomás, con sus extravíos no fué ajeno á la muerte *de su filosofía*. Un escolástico de empuje y de independencia que en otro país hubiera sido un gran reformista, Francisco de Victoria, maestro de Cano, dijo que por bien y para bien de la filosofía escolástica era menester no recibir sin detenido examen las palabras de Santo Tomás. Arriaga, como Cano y como Victoria, luchó en vano para levantar y dar vida á la escolástica. Los tres se vieron combatidos por una legión de frailes fanáticos é intolerantes y por el origen mismo de la doctrina filosófica que pretendieron armonizar con las nuevas corrientes. La escolástica es muerta, muerta para la filosofía, muerta para la ciencia, muerta para todo linaje de utilidad humana.

Sin embargo, dominaba en España, y porque dominaba en España, esta nación fué el país de la intolerancia y de la inquisición, que causó no pocos temores y disgustos á las inteligencias que pretendían emanciparse de semejante doctrina teológica.

Agobiados han de verse los que intenten constituir una manera de evolución filosófica que traspase los siglos XVI, XVII y XVIII. Encontraránse con lagunas y selvas infranqueables y para salir de ellas de una manera ó de otra habrán de recurrir á la intuición, que no es más que una suposición de los entendimientos lógicos.

Y formulamos así como una especie de descargo á la vista de Feijóo, porque más allá de este pensador ya puede leerse claro en el libro de la filosofía española, y no será por falta de medios históricos, sino por falta de inteligencia si en adelante no llevamos mejor contada la historia del pensamiento español.

* *

En 1676 y en Cardemiro (Galicia) nació Fray Benito Jerónimo Feijóo.

Fué un carácter sincero y grande y por estas cualidades, que no le permitían doblegarse á las exigencias de los jesuitas, fué perseguido por ellos.

Hizo de la religión un apostolado; no quiso transigir con las inmoralidades de las congregaciones religiosas que en España dominaban el Estado y la Iglesia y mereció la persecución de todo el mundo por haber tomado en serio su misión evangélica.

En filosofía se tenía y consideraba discípulo de Vives, y en verdad que era su retrato en cuanto á las condiciones intelectuales. Poca profundidad de pensamiento, muchos conocimientos científicos; humanista, pedagogo, historiador, lingüístico, crítico fino y sutil y enemigo de los frailes. Este es el retrato de Vives y de Feijóo á la vez. Tenía aquél más mundo, más ancho el campo de sus operaciones, ambiente mejor y logró más resonancia; pero esta es cuestión accidental del tiempo y del medio, no del filósofo. Más sincero que Erasmo, menos agresivo que Vives fué Feijóo más mártir. Arremetió contra la ignorancia de las Universidades y contra las tonterías que explicaban los libros de texto. Enemigo de las fórmulas, lo fué también de la sabiduría aparatosa que se encubre bajo una erudición de alquiler, pero bien administrada. Adversario acérrimo del sofisma que produce y exige fraseología, tan abundante en los períodos en que se pretende explicar lo conocido y por conocer, ejerció la más escrupulosa fiscalización en los centros de enseñanza, mangoneados mucho más que hoy por toda clase de religiosos. De ahí el odio y el rencor que se desencadenó sobre el autor del *Teatro crítico*, en quien todos los explo-

tadores de la enseñanza y los charlatanes de cátedra tenían un formidable adversario, más formidable por el abuso del conceptismo, que por la fuerza intelectual del que lo combatía. Además, y ese era el principal defecto de Feijóo para los teólogos que tenían acaparadas la filosofía y las cátedras, para Feijóo el objeto de la filosofía era el objeto de las ciencias físicas y naturales: el mejoramiento corporal y moral del hombre en este mundo. Decía que la filosofía es tanto más de estimar cuanto más útil es, lo mismo que la ciencia, y así como el experimento es el principal maestro del médico, así quería que el experimento fuese el mejor profesor del filósofo.

¿Cómo no había de ser combatido pensador de esta naturaleza? Pero es que Feijóo, capacitado de Vives en sus ideas filosóficas, no lo estaba menos de los conocimientos médicos de Huarte y Pereira.

Además, Feijóo conocía el progreso filosófico que se verificaba en el extranjero, singularmente en Francia, donde germinaba la enciclopedia, y mantenía correspondencia con los filósofos perseguidos que constituían la corte del rey guerrero y pensador Federico II.

Por la puerta de Feijóo entraron en España las ideas modernas, aunque la inquisición ejerciera la fiscalización en las inteligencias; pero nuestro autor no pudo abrir las puertas de par en par; las removió no obstante y fué fácil á otros abrirlas con estrépito, como veremos á continuación.

FEDERICO URALES

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

Sin embargo, el hortelano de París no constituye nuestro ideal: en el penoso trabajo de la civilización, nos ha mostrado el camino que hay que seguir; pero el ideal de la civilización se halla en otra parte. Él trabaja, casi sin interrupción, desde las tres de la mañana hasta bastante entrada la noche; no conoce el descanso, no tiene tiempo para vivir la vida de los seres humanos; el bienestar no existe para él; su mundo es su huerta, más aún que su familia. Él no puede ser nuestro ideal; ni él, ni su sistema de agricultura. Nuestra ambición es que llegue á producir aún *más* todavía con *menos* trabajo, y pudiendo gozar de todos los placeres que nos brinda la vida: lo cual no tiene nada de imposible.

Por punto general, si dejamos aparte á esos hortelanos, dedicados principalmente al cultivo de los llamados *primeurs*—peras del tiempo en Enero, y otras cosas por el estilo—y sólo nos ocupamos de aquellos que siembran al aire libre, recurriendo á la calefacción sólo en el primer período de la vida de las plantas, y analizamos su sistema, vemos que su esencia consiste: primero, en crear para la planta un suelo nutritivo y poroso, que contenga lo mismo la materia orgánica en descomposición necesaria, que los compuestos inorgánicos; y conservarlo así como á la atmósfera que lo circunda, á una temperatura y á un grado de humedad superiores á los del medio ambiente: todo el sistema queda expresado en estas pocas palabras.

Si el *Maraîcher* francés emplea prodigios de trabajo, inteligencia é imaginación en combinar diferentes clases de abonos, á fin de hacerlos fermentar con una velocidad determinada, no lo hace con otro fin que el indicado más arriba: un suelo nutritivo, y la deseada igual temperatura y humedad del aire y del terreno; todo su arte empírico está dedicado á la realización de estas dos aspiraciones; pero ambas pueden llevarse á cabo de otro modo mucho más sencillo. La mano puede *mejorar* el suelo; pero no es necesario que lo *haga*: cualquiera que sea la composición que se desee del terreno, siempre puede

hacerla la máquina. Ya tenemos fábricas de abonos, máquinas para pulverizar las fosforitas y aun los granitos de los Vosgos, y veremos fabricarse la marga tan pronto como haya quien la demande.

Claro es que, al presente, cuando el fraude y la adulteración se emplean en tan gran escala en la fabricación de abonos artificiales, la cual se considera como un proceso químico, cuando debía considerarse como proceso biológico, el hortelano prefiere gastar una cantidad increíble de trabajo á exponerse á perder la cosecha con el uso de drogas tan pomposamente anunciadas, y al mismo tiempo tan inútiles. Pero ese es un obstáculo social que depende de una falta de conocimiento y una mala organización social, no de causas físicas (1).

Respecto á la necesidad de crear para el primer período de la vida de la planta un suelo y una atmósfera calientes, hace cuarenta años Léonce de Lavergne predijo que el inmediato paso en el cultivo sería el calentar el suelo. Los tubos de agua caliente dan el mismo resultado que la fermentación del estiércol, pero con mucho menos gasto de trabajo humano, y ya este sistema funciona en grande escala, como se verá en el capítulo siguiente; por su mediación, la fuerza productiva de un área determinada de terreno puede verse aumentada en más de cien veces.

Claro es que ahora, cuando el sistema capitalista nos hace pagar por cada cosa cuatro ó cinco veces su valor de trabajo, gastamos á menudo sobre unas 25 pesetas por metro cuadrado de caldeo. ¿Quién puede contar el número de intermediarios que se están enriqueciendo con los bastidores de madera importados de Dronheim? Con que sólo calculásemos lo que representa el valor de nuestro trabajo, veríamos con asombro que, gracias al uso de la maquinaria, el metro cuadrado de un invernadero no cuesta más que medio día de trabajo personal, y pronto veremos que el término medio de Jersey y Guernsey por el cultivo de un acre bajo cristales es sólo de tres hombres, trabajando diez horas al día. Así que el invernadero que antes era un artículo de lujo, está penetrando rápidamente en el dominio del cultivo en grande; y ya podemos vislumbrar el día en que el invernadero de cristal sea considerado como apéndice necesario al campo, lo mismo para esas frutas y legumbres que no pueden prosperar al aire libre, como para los cuidados preliminares de casi todas las plantas de cultivo en su primer período de desarrollo.

Las frutas del país son siempre preferibles á los productos á medio madurar que se importan del exterior, y el trabajo adicional que se requiere para tener una planta nueva bajo cristales queda compensado con exceso con la incomparable superioridad de la cosecha. Y con referencia al trabajo, la verdadera cantidad de éste que se ha gastado en el Rhin y en Suiza para plantar las viñas, hacer sus terrapenes y sus muros de contención, y para subir el terreno sobre la roca pelada, así como el empleado anualmente en el cultivo de esas viñas y huertos de frutales, nos hace preguntar cuál de los dos demanda menos trabajo personal: ¿una viña (me refiero á la viña sin calefacción) en los arrabales de Londres, ú otra en el Rhin ó en el lago Lemán? Y cuando comparamos los precios obtenidos

(1) Ya se le ha hecho desaparecer, hasta cierto punto, en Francia y Bélgica, gracias á los laboratorios públicos donde se analizan semillas y abonos. Las falsificaciones descubiertas en estos establecimientos excede á toda ponderación: abonos, conteniendo sólo una quinta parte del elemento nutritivo que se le atribuía, resultaron cosa corriente; mientras que otros, compuestos de materias perjudiciales, y desprovistos de toda partícula nutritiva, se encontraba que habían sido lanzados al mercado por firmas de las más «respetables». Y en cuanto á las semillas, el resultado es aún peor: en el laboratorio de Gante se reconocieron muestras de semillas de yerbas de pasto que contenían un 20 por 100 de plantas perjudiciales ó de granos de arena colocados para engañar al comprador, y aun hasta un 10 por 100 de plantas venenosas.

por los viticultores de los alrededores de Londres (no los alcanzados en las fruterías del West-end, sino los corrientes en Septiembre y Octubre) con los usuales de Suiza ó del Rhin en esos mismos meses, nos hallamos inclinados á sostener que en ninguna parte de Europa, más allá de los 45° de latitud, se cosecha la uva con menos gasto de trabajo personal, tanto por el capital empleado cuanto por el trabajo anual, como en las viñas inmediatas á Londres y Bruselas.

En cuanto á la exagerada productibilidad de los países exportadores, bueno será que recordemos que los viticultores del Mediodía de Europa sólo beben un abominable *piquette*: que Marsella fabrica vino para el consumo interior, hecho de pasas traídas de Asia; y que el agricultor de Normandía, que manda sus manzanas á Londres, no bebe verdadera sidra más que en las grandes festividades. Tal estado de cosas no puede ser eterno, y no está lejano el día en que nos veamos obligados á acudir á nuestros propios recursos para proveer á muchas de las cosas que ahora importamos; y no por eso estaremos peor; los recursos de la ciencia, lo mismo en el ensanche del círculo de nuestra producción que tocante á nuevos descubrimientos, son inagotables, y cada nueva rama de actividad humana engendra otras que van continuamente aumentando el poder del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza.

Si tomamos todo esto en consideración; si nos hacemos cargo del progreso realizado últimamente en el cultivo hortícola, y la tendencia á extender su acción al campo abierto; si observamos los experimentos agrícolas que ahora se hacen—hoy ensayos y mañana realidades—y apreciamos los recursos que atesora la ciencia, nos veremos obligados á confesar que es completamente imposible prever, en el momento actual, el límite respecto al *máximum* de seres humanos que pudieran extraer de un área de terreno determinada sus medios de subsistencia, ni la variedad de frutos que éstos pudieran hacer producir ventajosamente en cualquiera latitud: cada día dilata los anteriores límites y abre nuevos y anchos horizontes; todo lo que podemos decir actualmente es que 600 personas podrían fácilmente vivir en una milla cuadrada, y que, con sistemas de cultivo ya experimentados en grande escala, 1.000 seres humanos—que no fueran holgazanes—que vivieran en 1.000 acres, podrían sin hacer ningún trabajo excesivo, obtener de esa área una alimentación vegetal y animal abundante, así como el lino, lana, seda y pieles necesarios para sus vestidos. Y en cuanto á lo que pudiera obtenerse con métodos más perfeccionados aún—conocidos también, pero no experimentados todavía en grande escala—, mejor será que nos abstengamos de emitir ningún juicio; tan grandes son los recientes adelantos del cultivo intensivo.

Vemos, pues, por lo dicho, que la falaz teoría del exceso de población no resiste al primer esfuerzo que se hace para someterla á un examen más detenido.

Sólo podrán horrorizarse de ver aumentar la población de este país á razón de un individuo cada 1.000 segundos, aquellos dispuestos á no ver en su semejante más que un copartícipe de la riqueza adquirida por la humanidad, sin considerarlo al mismo tiempo como productor también de la misma; pero nosotros, que vemos en todo recién nacido un *trabajador* futuro, capaz de producir mucho más de la parte que le corresponda de la existencia general, saludamos su advenimiento; sabemos que la densidad de la población es una condición necesaria para que pueda el hombre aumentar las facultades productivas de su trabajo; sabemos que un trabajo altamente productivo no es posible, mientras que los hombres, pocos en número y repartidos sobre grandes superficies de terreno, no pueden combinar sus esfuerzos para el bien del progreso y la civilización. Sabemos la cantidad de trabajo que hay que emplear en arañar la tierra con un arado primitivo, en hilar

y tejer á mano, y sabemos también cuánto menos trabajo cuesta el producir la misma cantidad de alimento y tejer la misma tela con ayuda de la maquinaria moderna; no ignoramos tampoco que es infinitamente más fácil el hacer producir 200.000 libras de alimento en un acre que el hacerlo en diez.

El suponer que el trigo nace por sí mismo en las estepas rusas, es pura fantasía; los que han visto cómo trabajan los campesinos en la fértil región de la tierra negra, sólo tendrán un deseo: que el aumento de población pueda permitir el uso del arado de vapor y el cultivo horícola en las estepas, á fin de que los que hoy son bestias de carga de la humanidad, puedan levantar la cabeza y convertirse en hombres.

PEDRO KROPOTKIN

(Se continuará.)



EJERCICIOS DE FUERZA

«Gimnasia atlética.»—Intervención frecuente del esfuerzo en los ejercicios de fuerza.—Por qué no se puede tener «la sonrisa en los labios» al practicar un ejercicio de fuerza.—Teoría de Ch. Bell sobre los movimientos de la fisonomía.—Intensidad de la sofocación en los ejercicios de fuerza.—La lucha.—Ventajas de los ejercicios de fuerza.—Su superioridad sobre los ejercicios de velocidad para aumentar el volumen del cuerpo.—Inconvenientes de los ejercicios de fuerza.—Peligro del esfuerzo; frecuencia de las hernias; frecuencia de las rupturas vasculares.—El recargo y el agotamiento en los trabajos de fuerza.

I

Llamamos ejercicios de fuerza aquellos en los que cada movimiento representa una gran suma de trabajo y pone en juego la potencia contráctil de una gran masa muscular.

El levantar y transportar fardos pesados es el tipo de los trabajos de fuerza; en las profesiones manuales es donde, en realidad, pueden estudiarse mejor sus efectos.

A priori, los movimientos de la gimnasia, con los aparatos que tienen por objeto habitar el transporte en diversos sentidos del cuerpo solo, no pueden dar lugar á esfuerzos musculares tan intensos como los de un hombre que transporta á la vez su cuerpo y un fardo más pesado que el cuerpo mismo. En efecto, los ejercicios gimnásticos son rara vez ejercicios de fuerza. Hay movimientos, sin embargo, ejecutados con ayuda de los aparatos del *pórtico*, que á primera vista parecen necesitar un enorme gasto de fuerza, á causa de las desfavorables condiciones en que obran las palancas óseas; pero se nota bien pronto que el esfuerzo muscular, en estos movimientos, está en razón directa de la inexperiencia del gimnasta. Con el aprendizaje se consigue siempre encontrar el procedimiento que facilita la ejecución. La máquina humana representa un sistema articulado compuesto de un gran número de piezas móviles engranadas las unas sobre las otras. De este engranaje resulta un número infinito de combinaciones en las actitudes. Frecuen-

temente una imperceptible variante en la dirección del miembro cambia totalmente las condiciones del trabajo. Una variación imperceptible al ejecutar una «dominación» disminuye nueve décimas partes de la cantidad de fuerza gastada. Por esto un ejercicio que pareciera atlético en los comienzos no exige, al cabo de unos meses de práctica, más que un trabajo muy moderado.

Los ejercicios de fuerza pueden estudiarse más bien en las barracas de los luchadores que en los gimnasios. Constituyen lo que se llama la gimnasia atlética, y la lucha es hoy quizás el único ejercicio corporal que pueda ser colocado en esta categoría, sin embargo de entrar por mucho en ella la habilidad y engaño.

Los ejercicios en que el hombre tiene que poner todas sus fuerzas exigen la intervención de dos factores: los músculos y la voluntad. En estos ejercicios, sobre todo, es donde se puede comprender la importancia del influjo nervioso como agente de trabajo. Dos individuos igualmente bien dotados en cuanto á su conformación física, y completamente iguales por lo que hace á sus músculos, demostrarán frecuentemente una diferencia muy considerable en los ejercicios de fuerza. Se puede decir con seguridad que la ventaja estará á favor de aquel cuya voluntad sea más enérgica, porque esta energía se manifiesta, en el orden físico, por una excitación más intensa dada al músculo y por la contracción más vigorosa que sufren las fibras motoras.

Los ejercicios de fuerza necesitan la acción simultánea de un gran número de músculos. Exigen, además, que cada músculo actúe con toda la fuerza de que es capaz; para esto es preciso que se apoye sólidamente sobre un punto fijo del esqueleto. Ahora bien, los huesos del esqueleto son movibles, y hay que conseguir, como preparación para los movimientos atléticos, que todas las piezas óseas estén fuertemente unidas entre sí por una presión vigorosa que forme un todo rígido. Esta necesidad de soldar en cierto modo una multitud de piezas movibles, para constituir un todo resistente, es un punto muy característico de la fisiología de los ejercicios de fuerza. La gimnasia atlética implica la intervención frecuente del acto llamado *esfuerzo*.

Hemos descrito al pormenor el esfuerzo en el capítulo II de la primera parte de este trabajo, y expuesto las modificaciones que acarrea en la respiración. El esfuerzo es, por decirlo así, el signo característico de los ejercicios de fuerza. No puede un hombre emplear toda la de que dispone, sin que en él se produzca esa contracción violenta de todos los músculos del tronco que tiene por objeto inmovilizar las costillas y por resultado suspender la respiración. Si se trata de levantar un fardo muy pesado, se nota que, de los pies á la cabeza, todo el cuerpo se pone rígido, y todos los huesos se acercan como para soldarse entre sí, bajo la presión enérgica de los músculos que los rodean. Cada miembro compuesto de muchos huesos movibles, parece que no forma más que una sola pieza rígida; el tronco, el cuello, la cabeza, participan de la rigidez general, y hasta los músculos de la cara entran violentamente en contracción durante un esfuerzo, aun cuando no se dé un bien cuenta desde luego del papel que pueden hacer, por ejemplo, el entrecejo y las mejillas, en el acto que consiste en cargarse á las espaldas una maleta.

Esta fisonomía contraída del hombre que gasta en un movimiento todas sus fuerzas no ha escapado á la observación vulgar. Yo recuerdo haber oído á un titiritero alabarse de levantar un fardo pesadísimo «con la sonrisa en los labios». Ejecutaba, en efecto, el esfuerzo, pero su pretendida sonrisa no era más que un rictus de la boca, en el que los músculos del entrecejo y de los párpados no tomaban parte alguna, por estar contraídos para asociarse al esfuerzo. El fisiólogo inglés Ch. Bell ha dado, ya hace mucho tiempo, la razón de esta asociación de los músculos que rodean el ojo, para el esfuerzo. Durante éste, el

afLUjo de sangre en los vasos del interior de la órbita tiende á hincharlos y á proyectar hacia adelante el globo ocular, detrás del cual están colocados. Los músculos que rodean la cavidad de la órbita se contraen instintivamente para sostener y sujetar en cierto modo el ojo é impedir su salida (1).

El primer efecto de un ejercicio de fuerza parece que debería ser acarrear prontamente la fatiga de los músculos, á los cuales se pide, de pronto, un trabajo enorme. Sin embargo, la sofocación se produce antes que la fatiga, en el curso de estos ejercicios. Por lentos que sean estos movimientos, la respiración se embaraza pronto y el atleta, lo mismo que el mozo de cordel, tienen que pararse con frecuencia para respirar, antes de que sus músculos estén fatigados.

Ya he explicado largamente, en el capítulo de *La sofocación*, el mecanismo de estas perturbaciones respiratorias, producto de los grandes gastos de fuerza muscular. Los músculos en acción producen ácido carbónico en cantidad proporcional á la intensidad del trabajo efectuada. En los ejercicios de fuerza se produce, en cada movimiento de la economía, más ácido carbónico del que los pulmones pueden eliminar, y el recargo de la sangre por el ácido carbónico trae la disnea.

Además, el esfuerzo interviene muy poderosamente en los ejercicios de fuerza para acarrear la perturbación respiratoria. Produce la suspensión de la respiración durante todo el tiempo que dura la contracción muscular, compañera del trabajo; impide también la eliminación del ácido carbónico, desde el momento en que este gas se produce en cantidad excesiva. Ocasiona además una violenta compresión de las grandes venas torácicas, de las grandes arterias y del corazón mismo, y produce, en resumen, perturbaciones profundas en la circulación pulmonar, cuya regularidad es condición esencial de la hematosi.

Entre los ejercicios corporales hay uno que puede tomarse tal vez como tipo del ejercicio de fuerza: la *lucha*. Para dos luchadores consumados que hacen en público un juego convenido, la lucha es más bien un asalto de agilidad y soltura que un ejercicio atlético. Pero si los adversarios, bien decididos á usar de todos sus medios, tratan de derribarse sin miramientos, se presencia un desarrollo enorme de fuerza muscular. Se pueden hacer esfuerzos considerables sin trabajo aparente, es decir, sin que el cuerpo de los adversarios haga el menor movimiento. El empuje del uno se paraliza por la resistencia del otro hasta el momento en que el más fuerte, persistiendo en su contracción más enérgica, acarrea la laxitud del más débil que, agotadas sus fuerzas, cede y se deja derribar.

En ese momento, puede notarse que en ambos campeones la sofocación ha llegado á su colmo. Un luchador vencido presenta alteraciones de la respiración tan intensas como las de un corredor que se detiene farto de aliento. La lucha no es solamente un asalto de fuerza brutal: tiene sus fintas, sus ataques y sus paradas. Pero lo característico de este ejercicio es la necesidad de poner en los movimientos de ataque ó de resistencia toda la fuerza de que se es capaz, de modo que, aun para los más expertos luchadores, este ejercicio exige siempre gran gasto de fuerza y es el más brutal de todos los ejercicios corporales. Es el ejercicio en que la masa muscular forma el punto más esencial del éxito, y el que tiende más á desenvolver los músculos y á dar al cuerpo peso y volumen, puesto que cada ejercicio tiende á favorecer la conformación más á propósito para ejecutarlo.

LI

Los ejercicios de fuerza exigen gran gasto muscular, pero ofrecen todas las condicio-

(1) Ch. Bell, *Les nerfs respiratoires*.

nes deseadas para una reparación enérgica de los tejidos. Piden poco trabajo [de coordinación y no exigen una repetición frecuente de los movimientos. Conmueven menos los nervios que los ejercicios de velocidad y no exigen, como los de habilidad, gran trabajo del cerebro.

Un trabajo de fuerza se ejecuta casi siempre con auxilio de contracciones lentas y sostenidas. La fibra muscular de un hombre que lucha permanece en tensión algunas veces un minuto entero, en la misma dirección; los músculos de un hombre que tira a las armas pasan, en cada segundo, por alternativas de reposo y de acción transportando los miembros en los más diversos sentidos. Las contracciones poderosas y sostenidas favorecen la nutrición de la fibra muscular. La nutrición del músculo es más intensa en las contracciones lentas, porque el aflujo de la sangre es más regular y más prolongado.

Los ejercicios de fuerza y los trabajos penosos, á pesar de la gran suma de esfuerzos que necesitan, conmueven poco el cerebro, y hacen sentir más bien su influjo sobre las funciones de nutrición que sobre las de inervación. Las contracciones musculares enérgicas y sostenidas que exigen, atraen violentamente la sangre á los músculos, donde la retienen largo tiempo. La fibra muscular se beneficia con este contacto prolongado y aumenta de volumen. Por otro lado, la sangre se enriquece con gran cantidad de oxígeno, porque la exageración de la necesidad de respirar es el primer efecto de los grandes gastos de fuerza. Esta necesidad encuentra su satisfacción libre y fácil en los tiempos de reposo que siguen inevitablemente á cada esfuerzo. En fin, la intensidad de las combustiones necesitadas para una gran suma de trabajo, produce el desgaste y la desaparición rápida de los tejidos de reserva y la necesidad de una pronta reparación; de aquí el aumento del apetito. Por otra parte, las contracciones reiteradas de los músculos abdominales, en la repetición frecuente de los esfuerzos, ejerce sobre los intestinos una especie de anasamiento, que favorece la circulación de las materias y regulariza las deposiciones.

Los ejercicios de fuerza favorecen, pues, todas las funciones nutritivas. Actúan con energía, y hasta con violencia, el funcionamiento de todos los órganos del cuerpo, dejando en un reposo relativo los centros nerviosos y las facultades psíquicas. Ahora bien, la calma del sistema nervioso es una condición inapreciable para la reparación de las pérdidas sufridas por el trabajo.

La observación de los hechos demuestra que los ejercicios atléticos, cuando no traspasan el límite de las fuerzas del individuo, le ponen en las más favorables condiciones de nutrición. Bajo la dirección del sistema nervioso en calma, las funciones de reparación se cumplen con una regularidad perfecta, y se ve que las adquisiciones hechas por el organismo, que asimila mejor los alimentos, exceden de las pérdidas ocasionadas por el trabajo. Los ejercicios de fuerza tienden á aumentar el peso del individuo.

Tales ejercicios parece que deben merecer la preferencia desde el punto de vista higiénico, y en efecto, se ve que en las profesiones en que el trabajo se hace á dosis pesadas, se encuentran los individuos más vigorosos. Pero estos ejercicios piden, para ser saludables, muchas condiciones que no siempre se encuentran reunidas.

Ante todo es preciso que se soporten por órganos sólidamente contruídos y exentos de toda lesión de nutrición. Los músculos, los tendones, las aponeurosis, los huesos mismos, están sometidos á tracciones, á presiones tan violentas, que se producirían rupturas de todas clases si su estado progresivo de adaptación no los hubiese consolidado poco á poco. Toda suerte de accidentes, cardenales, desgarraduras, luxaciones, son frecuentes en los ejercicios de fuerza. Otras lesiones más graves, como las hernias, heridas del pulmón,

ruptura de los grandes vasos y hasta del corazón, se producirían igualmente si los órganos internos no presentasen una integridad perfecta. Los órganos atacados de la más pequeña degeneración se hacen bien pronto incapaces de resistir el violento empuje del esfuerzo.

Por último, es necesario, bajo pena de caer en el recargo, que el trabajo se aumente progresivamente y no llegue á las dosis más elevadas, sino después de un adiestramiento completo. Si el individuo que aborda un ejercicio de fuerza, está muy abundantemente provisto de tejidos de reserva, sufren éstos en masa el movimiento de desasimilación, que produce una cantidad excesiva de residuos. De aquí la autointoxicación por las materias tóxicas, alcaloides ú otras.

Así se explican las fiebres de recargo, que se toman muchas veces por fiebres tifoideas, en los reclutas. Los hechos demuestran que esas fiebres atacan con marcada predilección las armas que exigen trabajos de fuerza, la artillería, por ejemplo.

Si se han de afrontar impunemente ejercicios de fuerza, la nutrición debe ser suficientemente abundante para reparar las pérdidas sufridas. Si la alimentación no es bastante reparadora, el trabajo se ejecuta á expensas de los materiales del cuerpo; el individuo adelgaza y se gasta prontamente.

El agotamiento sería también la consecuencia de un trabajo excesivo para las fuerzas de un individuo, aun cuando se le diese la más rica alimentación. Si un hombre quiere exigir de sus músculos un desarrollo de fuerza desproporcionado á su poder contráctil, se ve obligado á hacer un llamamiento enérgico á su voluntad y pedir un gasto grande de influjo nervioso para excitar vivamente la fibra muscular impotente. Puede obtener de este modo un trabajo superior á sus fuerzas, pero es tomando, á costa de sus nervios, lo que el músculo no puede darle. En este caso el ejercicio de fuerza no da su resultado habitual, de economizar influjo nervioso; para aumentar la excitabilidad del músculo, es necesario un trabajo de los centros nerviosos. No es posible decir con precisión en qué consiste este trabajo, pero se pueden comprobar sus efectos. El esfuerzo excesivo de voluntad en el trabajo, conduce prontamente al agotamiento nervioso. El individuo adelgaza, pierde el apetito y el sueño, y cae en el estado de recargo por agotamiento.—Así se ve desmejorarse y gastarse caballos bien alimentados, con pienso de primera clase, cuando se les obliga á tirar de pesos demasiado pesados, y cuando su naturaleza, ardiente y generosa, los lleva á trabajar hasta el último límite de sus fuerzas.

FERNANDO LAGRANGE

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

La concentración del vino: el pro y el contra.—Objeción de M. Vincens.—Los concurrentes ingleses al premio Deutsch.—Los globos de M. Buchanam, de Portsmouth, y de M. Beedle, de Capetown.—Las promesas de M. Tesla.—Aumento de la sensibilidad de los aparatos de cohesión en la telegrafía sin hilos.—Comunicación de M. Tissot á la Academia de Ciencias: aplicación del transformador Wydes-Rochefort.—Resistencia á las distancias.—Límites.—La lucha contra el granizo: procedimiento electro-sonoro de M. Slanoivitch.

La concentración del vino es un problema que excita hace ya tiempo el cerebro de los viticultores, de los almacenistas y de los exportadores del líquido que tanto gustó al

abuelo Noé, y que en la plenitud de los tiempos había de atribuírsele la singular propiedad de convertirse en sangre divina.

Para los exportadores trátase de un medio lícito de contrabando, y á los viticultores y almacenistas les proporcionaría la ventaja de una notable economía de almacenaje, porque, reducido el volumen del vino á la mitad ó menos, se ahorra espacio, tonelaje, etcétera.

Tal es el razonamiento de los partidarios de la concentración; pero las objeciones no faltan.

En primer lugar, quitando al vino una parte de su agua, se le quita también su perfume; es posible devolvérsele en seguida, es cierto, por procedimientos químicos; pero entonces ya no es vino natural, sino vino fabricado, lo que se entregará á los consumidores.

La economía que podría realizarse sobre los derechos de entrada será pasajero; durará hasta que los gobiernos se aperciban de la pérdida ocasionada por la entrada del vino en forma de producto concentrado, porque lo probable es que recarguen el nuevo producto hasta restablecer el equilibrio tributario.

En lo tocante á la economía de almacenaje, no olvidemos que el viticultor tiene necesidad de almacenar en toneles toda su cosecha antes de proceder á la concentración, ya que es imposible vendimiar, prensar, fermentar y concentrar los vinos en una sola operación; no hay, pues, economía de almacenaje para el viticultor. No obstante, si un propietario quiere conservar su cosecha de un año para otro, le será más fácil, indudablemente, almacenar todo ó parte, si está reducida á la mitad ó menos; pero si para alcanzar su grado alcohólico es preciso recurrir á la adición de agua hasta su volumen inicial, preséntase de nuevo la dificultad y ya no hay tal economía de almacén ni de tonelaje.

El asunto apasiona á las poblaciones del Mediodía de Francia, donde la industria vinícola y similares está tan extendida, y por la misma razón ha de suscitar interés en muchas regiones españolas. Los más acérrimos partidarios de la concentración, especialmente el Dr. Garrigon, han encontrado un decidido adversario en la persona de M. J. Vinsers, el distinguido director de la Estación Enológica del S. O. de Francia.

Después de haber probado que la concentración de los vinos bajo presión reducida es un procedimiento que se ha venido ensayando sin éxito en varias naciones, especialmente en Italia, M. Vincens demuestra que las aplicaciones que pretenden hacerse de esta concentración se apoyan sobre datos muy discutibles y señala los peligros que trae consigo la adición de agua á los vinos concentrados.

¿En qué proporción se limitará la cantidad de agua? El vendedor, generalmente poco escrupuloso para bautizar su mercancía, ¿no verá en ello un medio y un pretexto para aumentar la cantidad de agua? ¿Cómo reconocer los vinos demasiado aguados, cuando es difícil establecer la cantidad de cada clase de vino y la concentración habrá modificado profundamente sus elementos constituyentes? Una vez admitida la proporción típica que será más convencional que positiva de las comarcas, todos los vinos de gran consumo tenderán á tener ó se atribuirán un tipo de agua el más bajo posible. Hasta los vinos ricos en alcohol se sujetarán á él, y el resultado será un aumento de volumen del vino entregado al consumo, en detrimento, por supuesto, de la cantidad del líquido.

En apoyo de su opinión, M. Vincens cita el ejemplo siguiente: supongamos que se toman 100 hectolitros de vino á 7 $\frac{1}{2}$ grados y que se concentra la mitad; se obtendrán 50 hectolitros á 15 grados, que se podrán desdoblarse después para encontrar el volumen primitivo; pero si concentramos 100 hectolitros de vino á 12 grados para subirle á 15,

tendremos 80 hectolitros de concentrado, y no hay razón para impedir que se fijen esos 80 hectolitros en 7 $\frac{1}{2}$ grados, de manera que se obtengan entonces 160 hectolitros de vino en lugar de los 100 hectolitros primitivos.

Por otra parte, si se generalizase el sistema de la concentración, sería muy difícil, por no decir imposible, impedir la fabricación ó el uso de los extractos artificiales, de los cuales cada elemento, considerado aisladamente, sería vino, menos las otras materias.

Y por último, para que no se diga que se cuenta sin la huésped, ¿cómo recibiría el consumidor la concentración?

M. Vincens hace presente que el consumo del vino, combatido por los médicos, tiende á disminuir. Sorprende ver en los hoteles y restaurants el número de consumidores que al vino prefieren otro líquido cualquiera: leche, cerveza, sidra, aguas minerales, etcétera. Esa abstención se debe, sobre todo en París y en las grandes capitales, á la convicción de que el vino es falsificado en gran escala. El día en que se generalice la idea de que el vino ha dejado de ser un producto natural y que no es otra cosa que uno de tantos productos industriales que se manipulan fácilmente, se verá despreciado el vino de las regiones donde la concentración esté más en auge. Los viticultores de esas regiones, en lugar de enriquecerse, corren el riesgo de inminente ruina.

El peligro existirá en tanto que los concentradores no sean considerados como destiladores de profesión, y que los alcoholes aislados por la concentración no sean sometidos á pagar la totalidad de los derechos previstos por la ley de Diciembre de 1900.

La dirección de la Estación Enológica del S. O. juzga que el interés del asunto excede en mucho al que puede presentar el buen éxito de una empresa privada cualquiera. El principio de la concentración en el vacío, que no puede concederse en privilegio, como tampoco el de la calefacción por el fuego directo, no dejará de inducir á muchos industriales á hacerse construir aparatos económicos que funcionen regularmente, y podrán explotar á la vez á los consumidores y á los viticultores.

Por nuestra parte, nos pronunciamos enérgicamente contra el sistema de la concentración, que no es más que uno de tantos procedimientos, harto numerosos, en que productos naturales se transforman en productos adulterados, con el exclusivo objeto de enriquecer á unos cuantos á costa de la salud y de la vida del mayor número. En resumen: un asesinato lícito, por no decir legal.

**

Algunas palabras sobre los proyectos de los dos concurrentes ingleses al premio Deutsh: M. Buchanam, de Portsmouth, y M. William, de Capetown.

El globo de M. Buchanam afecta la forma de un ave con las alas recogidas. La quilla es de espino, y el cuerpo aéreo resulta semejante á un yacht moderno; el todo está cubierto de una tela impermeable.

M. Buchanam espera conseguir una velocidad de 50 á 60 kilómetros por hora. Su motor es de 14 caballos, y se asegura que es de una ligereza notable con relación á su fuerza. La parte más original de este aparato consiste en los propulsores, colocados á cada lado del globo.

Gracias á esta disposición, M. Buchanam tiene ánimo de vencer al areonauta brasileño, cuyo fracaso parece debido en parte á la rigidez demasiado absoluta del globo y á la falta de un segundo propulsor.

Cuando esta Crónica se publique ya habrá hecho sus pruebas el areonauta de Portsmouth, y más tarde intentará pasar de un continente á otro, sufriendo en su camino un sistema de comprobación perfecta y volviendo á su punto de partida.

Pronto veremos el resultado de tan bellas promesas y el valor de las teorías de M. Buchanam, que ha dedicado todas sus energías durante veinte años á la solución del problema de la navegación aérea.

M. Beedle, que acaba de llegar á Londres y que pasará el Estrecho de Calais en globo antes de intentar el experimento de M. Santos Dumont, tiene también confianza absoluta en el éxito de sus próximas tentativas.

A creer á M. Beedle, la dirección de su aero-nave podrá cambiarse instantáneamente en cualquier sentido y cualquiera que sea la intensidad del viento.

Si el areonauta sudafricano cumple sus promesas, él habrá dado la verdadera solución al problema.

Deseamos que así sea, pero esperamos ver para creer.

*
*
*

Las Revistas científicas americanas que acaban de llegar á Europa nos dan á conocer los nuevos proyectos y las nuevas promesas de M. Nicola Tesla. El sabio montenegrino promete para un breve plazo enviar mensajes de un continente á otro por medio de la telegrafía sin hilos. Parece haber llegado á este resultado—resultado dudoso, en mi concepto, hasta que los experimentos no lo confirmen—, aumentando considerablemente la potencia de los emisores, y sobre todo la sensibilidad de los aparatos de cohesión.

Recordemos á este propósito que no hace aún mucho tiempo una de las glorias de la ciencia y de la marina francesa, el teniente Tissot, señalaba un elegante dispositivo para aumentar la sensibilidad de los aparatos de cohesión poco sensibles á las limaduras magnéticas, sosteniéndolas á la acción de un campo magnético regulable, dirigido según su eje. Este dispositivo permite también facilitar la regulación de los aparatos de cohesión y llegar á resultados que han sido señalados á la Academia de Ciencias por M. Lippmann. Con dichos aparatos se ha podido, en efecto, establecer comunicaciones de una limpieza perfecta, á una distancia de 61 kilómetros entre un acorazado y el faro Postzic, bien que las antenas del puesto de emisión y del puesto de recepción tuviesen cada una una altura de 30 metros solamente.

Un transformador Wydes-Octavio Rochefort era la bobina empleada como transmisor.

Las comunicaciones no han consistido en la transmisión de señales intermitentes, sino en el cambio de frases completas telegrafadas en claro é interpretadas al Morse por marineros telegrafistas. Este resultado se ha obtenido sin el empleo de ninguno de los dispositivos especiales garantizados de Marconi, y, desde este punto de vista, es ya muy interesante.

Estos experimentos ofrecen, no obstante, un interés mayor aún, si se considera que demuestran las excelentes cualidades de los tubos empleados, los cuales presentan las particularidades siguientes:

La limadura magnética, obtenida por medio de una lima muy limpia y tan poco oxidada como sea posible, se pasa en seguida por un tamiz y se guarda en tubos bien secos, herméticamente cerrados y sellados, limpios además con tela esmerilada.

En cuanto se llena, se hace inmediatamente el vacío en el radio-conductor, y por aumento de precaución, se encierra en una ampolla lateral algunos fragmentos de carburo de calcio. En tales condiciones las circunstancias de que los electrodos y la limadura son oxidables, no parece que tenga gran importancia en el fenómeno.

Estando perfectamente seco el interior del tubo, la superficie de los electrodos y los

granos de limadura quedan tan brillantes después de varias semanas como en el momento del cierre del tubo.

Estos radio-conductores de electrodos polarizados poseen la propiedad preciosa de presentar una tensión crítica de coherencia variable á voluntad, por simple variación del campo magnético. Se puede, en efecto, sin cesar de obtener señales perfectamente claras, poner sobre el mismo tubo fuerzas electro-motrices que varíen de medio volt á cuatro volts.

*
**

La resistencia de un aparato tubo sin campo magnético excede generalmente de 300.000 ohms; pero con el campo limitado desciende á 1.500 ohms próximamente.

Para una acción muy enérgica, en el caso en que el transmisor está cerca, esta resistencia baja hasta 5 ohms.

A las distancias límites la distancia no es inferior á 1.500 ohms. Estas resistencias que son las que toma el tubo de circuito abierto en el momento de la coherencia, no suelen conservar los mismos valores en el funcionamiento normal.

*
**

Conocidos los experimentos relativos á combatir el granizo fusilando las nubes, conviene dar á conocer los de M. Slanoievitch, que consisten en un procedimiento igualmente acústico, pero mucho menos ruidoso, para alcanzar el mismo objeto, conocido con el nombre de método electro-sonoro.

El autor del proyecto considera como demostrado que las perturbaciones del estado molecular de una nube de granizo, producidas por una ó varias ondulaciones, pueden impedir la formación del granizo.

Estas perturbaciones son producidas, en el procedimiento antiguo, por *tores* gaseosos enviados á las nubes por los tiros de cañones grandinífugos.

El Dr. Duverney recuerda en el último número del *Mouvement Scientifique* que los trabajos de MM. Trabert y Pemter estableciendo que la altura del proyectil gaseoso en los casos más favorables no excede de 400 metros.

De lo expuesto se deduce que el desequilibrio en la nube puede producirse cuando su altura no llega á medio kilómetro; y en el caso en que las nubes de granizo estén más elevadas, la acción del tiro será ineficaz. Esto, según M. Duverney, explica los resultados contradictorios con motivo de ciertos experimentos discutidos en el último Congreso de Padua.

En efecto, en los casos de tempestades de una violencia excepcional, las nubes de granizo que vienen de lejos suelen hallarse muy elevadas, y el tiro no puede tener sobre ellas más que una acción escasa ó nula. El *tore* gaseoso enviado desde la superficie de la tierra llega á la nube cuando ya está á punto de perder su fuerza, y sus esfuerzos pueden dejar de ser apreciables en muchos casos.

M. Slanoievitch ha considerado como preferible provocar una fuerte vibración aérea en las alturas, colocar el manantial que produce las vibraciones en el seno mismo de la nube ó en sus cercanías. Su procedimiento consiste en sujetar á una cometa de las que se emplean en meteorología para el sondeo del aire, ó en un globo cautivo una sonería eléctrica.

Con ella se producen en la nube mismas vibraciones aéreas mucho más fuertes que las producidas por los *tores*.

Aconsejamos á los agricultores que favorezcan estas clases de experimentos. Pudiendo

cambiar á voluntad la altura del globo, se pueden escoger las condiciones más favorables.

El globo cautivo, ó en su defecto la cometa, pueden sujetarse por un hilo de acero, acompañado de dos de cobre ó de aluminio aislados, que conducirán la corriente de una batería colocada en el suelo.

También puede montarse la batería si la fuerza ascensional de globo es bastante grande.

El procedimiento Slanoivitch reemplaza, pues, los ruidosos cañones por un simple juguete al mismo tiempo que substituye por un método siempre eficaz un procedimiento que no es aplicable más que en casos particulares.

TARRIDA DEL MÁRMOL

CRÓNICAS DE ARTE Y DE SOCIOLOGÍA

DESDE PARÍS

Un Resumen de Sociología.—Teatro Antoine.—La obra sociológica de Guyan.

En estos últimos días se ha publicado un *Precis de Sociología*, de G. Palante. Esta obra ha obtenido grande éxito entre los elementos intelectuales. Forma un compendio de las ideas contradictorias que sobre la materia se han enunciado, y su exposición demuestra claridad de conceptos y lógica en su encadenamiento.

La lectura de la obra, que sirve de ilustración para la inteligencia, despertándola á la realidad de ciertas ideas, produce un verdadero deleite intelectual. El valor filosófico del libro está acreditado por la significación que le da su autor. Este se manifiesta como un espíritu escogido entre los más cultos y avanzados. Está movido sólo por ideas y se ocupa de cosas verdaderamente trascendentales para la vida. ¿No envuelve el concepto de Sociología la cuestión palpitante de toda nuestra época? Los cerebros más fuertes están ahora hondamente interesados por las cuestiones que suscita la conexión del Individuo con la Sociedad. El problema de la emancipación individual y de la armonización social, resume la idealidad más completa y amplia de nuestros tiempos. Esto se condensó ya en la portentosa *Zueignung* que puso Læthe á sus poesías, de la cual Palante, coincidiendo con mi interpretación, reproduce dos versos al final de su obra.

Esta se divide en tres partes. Se ocupa la primera de cuestiones puramente sistemáticas, aunque éstas envuelven importancia capital. Antes de definir la Sociología, dice Palante, es necesario tener presente que no pueden determinarse las leyes que rigen las modalidades de los grupos sociales en general, hasta haber estudiado en detalle estas mismas agrupaciones. Hay un contenido del cual es imposible hacer abstracción: el contenido psicológico de tales grupos. Pues se traducen finalmente en ideas, en creencias y en deseos, todos los fenómenos estáticos ó dinámicos de que se compone la vida de las sociedades.

De aquí, pues, que la Sociología no implique otra cosa que Psicología social. Se entiende por Psicología social, la ciencia que estudia la mentalidad de las unidades reunidas por la vida social. «No nos causará escrúpulo alguno la objeción de que nuestra definición conduzca, en el fondo, á la Psicología social, y que, por tanto, lleve directamente á la Psicología individual. A nuestro juicio, hay que dirigirse á esta última.»

Empiezan aquí á dibujarse las conclusiones radicalmente individualistas que se deducen del *sistema*, llamémosle así, que expone Palante en su *Resumen de Sociología* por vía de criticismo. Cierta es, como dice Max Nordau (el cual vale más como sociólogo que como literato), que la sociedad contemporánea rodea al individuo de una atmósfera de mentira. De aquí que, por modo general, «la Psicología social tenga que investigar las relaciones que existen entre la conciencia individual y la conciencia social».

Para realizarla, Palante opta por el método inductivo, ó sea la conclusión filosófica que se fundamenta en el análisis crítico. Gran servicio presta la intuición á los que siguen este método, y léase, si no, á Carlyle, para comprobarlo; pero opinamos que aquélla, para fructificar, debe ir acompañada inseparablemente de la reflexión. Palante, por ejemplo, gusta de Nietzsche, porque éste es quien ha llevado á cabo esta dirección con más audacia y exactitud. «La psicología *penetrante* (es decir, intuitiva) nos hace colegir, por manera vital, las condiciones más delicadas de la vida de las sociedades. Los combates que se libran en el fondo de las conciencias, no son á menudo más que el reflejo de antagonismos externos y sociales. La conciencia social oprime fuertemente la conciencia individual. Lo socialmente respetable no tiene con frecuencia ningún valor para el juicio individual del hombre reflexivo.»

Palante se defiende, para justificar su método, de que tales estudios sean más literarios que científicos. El sociólogo, según él, «debe ceñirse á la consideración del aspecto subjetivo—sentimental ó intelectual—de los fenómenos sociales, por medio de una intuición psicológica que sea análoga á la que emplean los novelistas moralistas, y, por modo general, los pintores sociales; toda vez que llega forzosamente un instante en que, por causa del dominio complejo y delicado de las cuestiones sociales, el espíritu científico, con sus compartimentos rígidos—á menudo artificiales—debe ceder el lugar al espíritu de *finesse* ó de percepción». No hay, pues, que menospreciar, cuando sean legítimas, las amplias intuiciones de la *razón práctica*.

Tampoco debe confundirse la Sociología con la Metafísica social. El sociólogo consigna únicamente la marcha de las sociedades humanas y á la vez las transformaciones de la conciencia social.

El autor se pregunta: «¿Qué relación tiene la Sociología con la Historia? Esta constituye el fondo de que se nutre la Sociología. Sin embargo, el historiador sólo estudia é interpreta los hechos, mientras que el sociólogo se ocupa de las influencias generales que intervienen en la producción de los estados sociales, así como de las combinaciones concretas á que dan lugar y de las formas de mentalidad social que determinan. Sucede, de vez en cuando, que un historiador (Michelet, Carlyle ó Taine) restaura la mentalidad de una época ó de un período histórico». Ya dijo Voltaire en su carta al marqués de Miranda, cual lectura recomendamos, que bastan tres ó cuatro hombres de valer para cambiar el espíritu de una nación.

Así mismo expresa Palante que la Sociología no es tampoco esencialmente la Etnología ni Antropología, de la cual depende la nueva ciencia llamada Antroposociología, que no está, sin embargo, ligada íntimamente á la Sociología.

Declara también que el dominio de la Economía política es más estrecho que el de la Sociología, pues se ocupa exclusivamente de la riqueza. «Una ley económica, tal como la división del trabajo ó la ley de oferta y demanda, tiene sin duda aplicaciones sociales muy extensas, pero la Economía política sólo considera estas leyes desde el punto de vista de su aplicación á la riqueza.»

Tampoco debe confundirse, como hacen muchas personas semiinstruidas, el Socia-

lismo con la Sociología, pues ésta se relaciona más con la ciencia y aquél se refiere únicamente á la política.

Cree Palante que las relaciones entre la Sociología y la Moral son muy estrechas, «toda vez que el problema social se manifiesta, en su punto culminante, como el problema moral más apasionador de la conciencia contemporánea». La moral es creación exclusiva del individuo.

Nuestra vida social no es más que un simulacro. Por ello, multiplicando los ritos, ceremonias y prescripciones externas, los poderes é instituciones sociales pierden su imperio sobre las almas.

Para el conocimiento de las sociedades, dice Palante que no bastan los hechos, sino que precisa el estudio de las ideas. Combate el método biológico (Schœffe, Spencer, Worms), porque supone una metafísica social, que otorga á la sociedad una existencia independiente de los individuos y superior á la de éstos.

Existen dos especies de sociedades: las naturales y las artificiales. La familia es el tipo de las sociedades naturales. Una asociación bancaria es ejemplo de una sociedad artificial.

Es notable la diferencia entre el Estado y la sociedad. El primero designa un poder coercitivo, mientras que la segunda responde á una organización espontánea. «Puede oponerse el Estado á la sociedad, como la razón al instinto».

Las sociedades se forman, se mantienen, evolucionan, cambian, se desagregan y desaparecen. Hay que estudiarlas, pues, en cada una de estas manifestaciones.

En la segunda parte de su obra, Palante se ocupa de la formación de las sociedades. Los factores generalmente invocados para ello son físicos, fisiológicos, económicos y psicológicos; resumiéndose en la raza, el medio físico y geográfico, la simbiosis ó solidaridad orgánica (Izoulet), la socialidad ó psiquismo social (Roberty), el interés de la especie y el gregarismo (Ammon), la evolución económica (Loria y Marx), el número, densidad y movilidad de la población (Bouglé), el contrato (Rousseau), la conciencia de la especie (Giddings), la imitación (Tarde) y la sinergia (H. Mazel). Palante examina y critica extensamente los sistemas ideológicos que se han formado en demostración de cada uno de los factores citados.

Combatiendo la teoría de la raza, se ampara en ideas de Bouglé y dice: «Si durante la antigüedad, esto es, en Grecia, Roma y la India, la comunidad de sangre fué casi siempre un mito, ¿qué diremos de la historia moderna y de las unidades nacionales? Estas no son más que mosaicos de razas distintas. A medida que la historia avanza las razas se confunden en la formación de los grupos sociales.»

Hay otras teorías, según Palante, que tienden á explicar la vida social por medio de acciones de orden orgánico, que establecen una relación directa entre los actos físicos y las acciones psíquicas. Según Izoulet, toda sociedad reposa sobre la división del trabajo y la cooperación, que representan las dos caras de la solidaridad.

Si el individuo es el resultado de los progresos sociales obtenidos anteriormente, no es menos cierto que éstos se deben á iniciativas individuales. Palante refuta la opinión de Izoulet, el cual entiende que el individuo está subordinado á la sociedad. «La mentalidad de los individuos es á menudo superior, desde el punto de vista moral é intelectual, á la del medio ambiente.» Como dice Sighele, cuando los hombres están reunidos en multitudes, jurados y asambleas, su nivel moral é intelectual, en vez de elevarse, desciende. «Los agentes del progreso social son las inteligencias aisladas que, lejos de las influencias gregarias, meditan las verdades descubiertas por los grandes espíritus que les han prece-

dido, esforzándose ellos mismos en revelar otras.» La moral de la solidaridad establece tácitamente un principio de esclavitud antes que de liberación.

Palante trata luego de las teorías de Spencer, que es un monista como Roberly. «Para él, el hecho generador de las sociedades es la ley universal de la *adaptación*. Spencer define la vida social como una correspondencia y adaptación constante de relaciones, unas internas, otras externas. La adaptación interna está completamente subordinada á la adaptación externa. De este modo los antagonismos sociales, y en particular el conflicto del individuo y la colectividad, no pueden ser más que pasajeros.» Nosotros creemos, dice Palante, que á causa de la diversidad de los *yo*, habrá siempre lucha por cualquier motivo, entre estos *yo*; y por consiguiente, la adaptación completa del *yo* á su ambiente externo es un sueño. Hay antinomia entre la adaptación interna y la adaptación externa. Nietzsche protesta, sobre Spencer, del mecanismo á la inglesa que hace del universo una máquina estúpida. Spencer, según después dice Palante, quiere substraer el individuo á la tiranía del Estado; pero es para subordinarlo de un modo más estrecho á las pseudoinfluencias naturales: raza, medio y costumbres.

La filosofía social de Ammon se fundamenta en el postulado del monismo. Sigue, en principio, la idea darviniana del interés de la especie, cuya expresión social es el gregorismo y el compadrazgo animal.

Según Antón Menger, el punto de partida de las sociedades es la fuerza y la usurpación económicas. La lucha económica es, pues, el terreno donde toma arraigo la vida social, y de ahí nace el derecho.

El individualismo de Tarde es un individualismo democrático que aspira á que todos participen de la Voluntad y tengan derecho al Poder. Mazel desarrolla fielmente esta idea en su teoría de la sinergia social. Pero el monismo social que han ideado tales pensadores es una quimera, pues el elemento fecundo de las sociedades reside en el individuo.

Palante después se ocupa de lo que se llama conciencia social, y dice que ésta sólo se percibe por el cerebro de los individuos.

Existen antinomias irreductibles entre el querer vivir de la sociedad y el querer vivir del individuo; y el autor las estudia inteligentemente.

En la tercera parte de su obra, Palante explica las leyes que presiden á la conservación de las variedades. Estas se resumen en la unidad y continuidad sociales, en la adaptación vital, en la solidaridad y gregorismo, en el conformismo y eliminación de los disconformistas, en el inmovilismo, dogmatismo, optimismo y en la mentira del grupo. Los capítulos consagrados á estos factores son muy interesantes, y es preferible leerlos de por sí y con detención, á extractarlos someramente. De ello concluye, sin embargo, que la organización actual de la sociedad tiende á deprimir y oprimir á las individualidades independientes y enérgicas, favoreciendo, más ó menos directamente, á las medianías sociales.

En la cuarta parte de su resumen, Palante expone la manera como evolucionan las sociedades. Por consecuencia de ello, opina que la evolución social, ensanchando y haciendo progresar los círculos sociales, contribuirá á emancipar al individuo, afirmando más y más en la conciencia social estas dos ideas, unidas por lazo indisoluble: la idea de humanidad y la idea de individualidad.

En la última parte de su libro, Palante trata de la disolución y muerte de las sociedades, pues éstas, como los individuos, han de morir por ley inevitable. Las causas son generalmente intelectuales, y se imprimen en la conciencia. Así, el nacimiento y propagación de ideas nuevas acaba con una vieja sociedad.

Cree Palante, como conclusión general de su libro, en la posibilidad de un socialismo en eterno devenir, creado y dirigido por voluntades individuales, en lugar de imponerse a ellas; en una palabra: en un socialismo que sea al mismo tiempo individualismo.

Tal es el sentido que se desprende del *Resumen de Sociología*, cuyo objeto principal es, sin embargo, de información sociológica.

Llegar á imprimir cierto progreso al arte de la escena en Francia, como ha hecho Antoine, demuestra en él una aptitud por demás inteligente y un culto acendrado por las innovaciones. Téngase en cuenta el hecho de que en este país existe una tradición gloriosa de actores. En ningún teatro del mundo se ha alcanzado la corrección estética de las representaciones clásicas del teatro francés. Los actores declaman maravillosamente, de suerte que la prosodia de su lengua se enuncia con inusitada riqueza verbal; actuando con armonía de gestos y actitudes, como estatuas que de súbito se animan y se mueven.

Cierto que muchos carecen de pasión y de vida, viéndoseles representar con rigidez académica. Son actores que, sin don nativo, se creen con talento de verdad y se adoran á sí propios. Cuando se hallan en la escena, en lugar de atender á los interlocutores, se escuchan y se contemplan. De aquí que dejen una impresión de frialdad en el auditorio.

Antoine, con su internacionalismo artístico, con su sentimiento del alma moderna, ha sido el que más ha contribuído á desprestigiar el alambicamiento que, so pretexto de delicadeza y por seguir la tradición, se había introducido en las manifestaciones teatrales de la literatura francesa, mixtificándose los movimientos más espontáneos del espíritu, que se refinaban y se utilizaban de un modo artificioso.

No cabe duda de que la mentalidad francesa es más analítica que sintética. De ahí su amor por lo sutil y lo delicado. La acuidad de observación es ya proverbial entre los escritores franceses, los cuales han llegado á una fineza de análisis que en ningún otro país se ha obtenido *por modo general*. Goethe, Tucídides y Petrarca, por ejemplo, no constituyen más que excepciones dentro de su nacionalidad.

Juzgo que no hay equilibrio perfecto entre las facultades analíticas y sintéticas de un Balzac. La imaginación calenturienta de este se produce á ratos en visiones de una vida de fiebre. Dicen muchos que éste es el fondo romántico de su personalidad. Yo creo que lo dicho antes presupone falta de armonía entre la concepción y la percepción.

¿Cómo se explica que un espíritu elevado como Voltaire (1), con su visión de águila, fuese feudatario de relatividades de delicadeza, de cortesia y buen parecer, repudiando con aversión al gran sintético que es Shakespeare? Yo entiendo que, más que falta de comprensión en tan alto cerebro, hay alambicamiento de gusto en su espíritu, que se siente atraído por el *fondo bello* más que por el trascendente de las cosas humanas. De ahí que, con su ironía crítica, Voltaire pusiera á Corneille y á Racine por encima de los autores griegos. Mientras aquéllos se detienen en el umbral de la tragedia, como para *verla en hermosa perspectiva*, los últimos llegan al *fondo metafísico* que existe en la palpitación trágica del espíritu humano. Voltaire, á la verdad, se reía de la metafísica como de una ciencia vana.

Antoine, con su importación de Ibsen, de Hauptmann y de Sudermann, ha dado origen á la nueva dirección del arte dramático francés. No es éste imitador fiel é ingenuo de aquellos autores, pues antes bien ha ido formándose una personalidad intensa y propia, utilizando sólo la orientación de espíritu que suponen las obras de aquellos dramaturgos. Deseo ocuparme mucho en lo sucesivo del teatro francés moderno, ya por resumir éste

(1) Pablo de Voltaire, por ser, como ya indicó Goethe, la encarnación del espíritu francés.

varios aspectos sociales de gran interés para el pensador, por ser propios de una capital en que la vida ha llegado á un efectivo progreso, ya para desvanecer la idea de superficialidad con que dicho teatro se interpreta por la mayoría de escritores extranjeros. Conviene hacer constar que los literatos jóvenes de París, y entre ellos muchos de los que están más en boga (Mirbeau, no obstante su sadismo, es una inteligencia emancipada), practican desde hace algunos años lo que se denomina hoy arte social.

Débase también á Antoine otra revolución artística en su país. Aludo á la amplitud con que ha ensanchado el límite estrecho, aunque correcto, dentro del cual los actores franceses representaban hasta aquí. Adolecían éstos generalmente de ampulosidad y de frialdad, viéndoseles huir casi siempre de la vida real y ordinaria para emprender un vuelo, demasiado académico por cierto, hacia la existencia heroica y legendaria con ribetes de romanticismo.

Hoy, gracias al influjo de Antoine, los actores franceses se circunscriben más á la realidad psicológica, dando vida y naturalidad á los movimientos del espíritu. Se atiende al conjunto y á la vez al detalle, supeditando todo ello, sin embargo, á la acción absorbente de la vida humana. De ahí que el arte de representar se haya ido humanizando últimamente en Francia.

Si bien era costumbre en los teatros de París la magnificencia en la escenografía, puede decirse que Antoine ha perfeccionado aún más sus detalles y conjunto. De tal manera dispone la decoración del escenario, que éste produce la impresión de la verdad y la visión de la realidad, las cuales en dicho teatro Antoine se anteponen, por su *bella exactitud*, á las del ambiente ordinario de las cosas que nos rodean. Podría afirmarse que son superiores á la misma realidad, cumpliendo aquella idea de Oscar Wilde, un tanto paradójica, para cuya exposición el escritor inglés decía, demostrándolo ingeniosamente, que la vida imita al arte y no el arte á la vida.

No es posible imaginar, si no se ha presenciado, la suma de perfección que alcanza la *mise en scene* en el teatro Antoine, cuando éste presenta, por ejemplo, *El carretero Henschel*, de Hauptmann, á cuya representación asistimos no hace muchos días. Constituye ésta una reproducción fidelísima de lo real, saturada de color local; produciendo á la vez una impresión altamente mística. La luz, la habitación y los muebles, están dispuestos y presentados de manera admirable. La lluvia y el viento, que en el primer acto son de un efecto casi superior á los que describe musicalmente Wagner en algunos de sus preludios, llegan á producir una sensación de escalofrío por su verdad.

El carretero Henschel es uno de los dramas inferiores de Hauptmann. La concepción obedece á una idea supersticiosa. Es algo proveniente del romanticismo teatral, que substituyó la fatalidad por la Providencia. Aun cuando ofrece realismo exterior, los personajes de *El carretero Henschel* carecen de verdadera psicología moral, pues su espíritu no se refleja en el carácter, ya que éste es casi nulo. Hauptmann, como he dicho ya otras veces, supedita el individuo al color local ó al ambiente social. Podríamos de él decir que es un dramaturgo artísticamente socialista. Para desarrollar el conflicto de su obra, que ofrece detalles muy inocentes, se vale de recursos melodramáticos. Esto último es, quizá, el elemento más característico de su dramaturgia. El terror y el misterio del último acto, son obra de artificio. De aquí que *El carretero Henschel* no produzca ni un instante verdadera emoción dramática.

Antoine es, además de un director excelente, un actor de primera categoría. A la simplicidad griega une la complicación moderna. Las torturas del alma actual se manifiestan en él con sencillez, intensidad y corrección de líneas. Es sobrio en los gestos y vehemen-

te en la pasión, sin desplantes. Este arte de Antoine se desenvuelve, además, dentro de la naturalidad y del realismo más perfectos. Deleita verle actuar, ya que deja una impresión de arte noble y legítimo.

Asistí también á la representación de una pieza cómica de Constelline, *L'article número 330*. Esta obrita hace pensar en la parte trascendente del arte cómico, el cual puede contener ideas de alta importancia moral y social, por medio de su peculiar ironía. *L'article núm. 330* es una diatriba contra los jueces y las leyes, con un fondo verdaderamente anárquico, estando la pieza sazónada con tal humorismo, que hace reír y aplaudir al público, especialmente al de las galerías, que es el que está más compenetrado, por lo que podría afirmarse que las ideas nuevas empiezan á penetrar en el ambiente social.

Como Antoine prepara una serie de importantes estrenos para esta temporada, trataré de seguirle en su labor artística y dar cuenta de ella á los lectores de REVISTA BLANCA.

Por la justa interpretación de las ideas de Guyan, merece citarse el folleto que Lambert ha escrito sobre la obra sociológica de aquél.

Aunque el autor de *La irreligión del porvenir* no disfrute actualmente de popularidad científica, pocos han encarnado como él las dudas, negaciones y esperanzas de su época. Prestó á la Sociología naciente el servicio inapreciable de vulgarizarla en el mundo de las ideas, señalando lo que envolvería la fecundidad intelectual y de grandeza moral. A la vez que se asimiló la doctrina de los maestros, presentándola bajo una ley clara, hizo su análisis con la perspicacia de su espíritu crítico, entresacando concepciones nuevas de ella. En ciertos sentidos fué un precursor.

Ejerció una influencia revolucionaria en la filosofía, al afirmar que los problemas filosóficos no deben estudiarse bajo la preconcepción de la eternidad metafísica. Según él, además de dedicar nuestros esfuerzos á la consideración de la psicología individual, nuestras investigaciones deben también concentrarse en la realidad social. La vida ha de ser extensa é intensa; tal es el principio fundamental de su filosofía sociológica.

Guyan niega que un golpe de varita mágica ó alguna intervención milagrosa pueda transformar la sociedad en un momento dado. Hay que estudiar las cosas con arreglo á su origen lógico. Ante todo, según él, hay que preocuparse del futuro miembro del cuerpo social, más que del presente, sobre el cual pesa el determinismo de las costumbres antiguas. Modificando las virtualidades, pasando del poder á la acción, nos convertiremos en los artesanos renovadores de lo real. Ataquemos lo que haya de falso y anticuado en los sistemas pedagógicos que disfrutaban del favor general, adquiramos conciencia clara del valor infinito de la obra educadora, haciendo penetrar en ella un rayo sociológico. La filosofía, enriqueciéndose con la sociología, llegará á una nueva prosperidad.

El niño, desde su entrada á la razón, debe comprender que su deber está en la expansión más amplia de su vida; que la única ley imperiosa es la actividad incansable, y que vivir es recibir mucho de la sociedad, dándola, en cambio, mucho más de su parte individual, si es posible.

Toda moral debe ser social. La moral debe convertirse en instinto, como enuncia Spencer. Todo instinto tiende á desaparecer, convirtiéndose en conciencia. A la fórmula clásica: *debo*, luego *puedo*, debe substituir la siguiente: *puedo*, luego *debo*. Kant se preocupó especialmente del problema metafísico del libre albedrío; Guyan piensa, ante todo, en la acción. Su moral se resume, como ya hemos indicado, en la expansión de la vida en su mayor intensidad. Todo poder tiende á manifestarse á lo exterior. Nuestras ideas, sentimientos y relaciones, no nos son enteramente agradables hasta que se objetivan. Si no se

saca partido de lo que hay en nuestra alma, cual dice Balzac, tan avanzados están los que tienen ideas como los que no.

La sociología es una doctrina de vida de cada cual para todos y de todos para cada cual.

Al tratar de los problemas de la estética contemporánea (véase la obra de este título), dice que la intensidad y la expansión de vida son la base de toda concepción de arte. El arte es la vida superior, sentida en todo el florecimiento social. En la contemplación de la obra bella, entra el sentimiento claro de la vida universal. El amor es, entre todos los sentimientos, el que más se preocupa de las formas bellas. El arte es creador de armonía y de paz. Cuando dos individuos comparten una misma sensibilidad, están á punto de poseer una misma voluntad. Las grandes obras son las que expresan las grandes ideas.

Hablando de religión, afirma Guyan que su sentimiento no es innato en el individuo, pues no lo han experimentado muchos seres á quienes no se han inculcado creencias religiosas. El porvenir ha de ser irreligioso; el progreso incesante de la ciencia, hará que los mitos, dogmas y cultos se desvanezcan. En el corazón de los hombres palpitará la admiración de la grandiosa armonía que preside á la marcha de los mundos, y su anhelo continuo será el de la realización del ideal social. Se constituirán asociaciones de inteligencias para descubrir en común el misterio eterno de las cosas y de los seres; asociaciones de voluntades para unir los esfuerzos en la tarea de aliviar el dolor humano; asociaciones de sensibilidades para experimentar el goce estético individual y colectivamente. Entonces quedará abierto el campo para especular metafísicamente sobre el destino del hombre.

¿Cuál es el porvenir de la metafísica? Guyan se inclina hacia la concepción monista, naturalista, conciliando las teorías materialistas con las espiritualistas; la ciencia objetiva con el conocimiento subjetivo que impone la conciencia.

C. PÉREZ JORBA

1.º de Octubre de 1901.

LA LUZ

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

MAURICE DONNAY Y LUCIEN DESCAVES

(CONTINUACIÓN DEL ACTO PRIMERO)

ESCENA VI

DOCTOR, SR. FIGUEROLA

DOCTOR.—Y bien, ¿qué te parece?

SR. FIGUEROLA.—Que es vulgar, es incontestable; pero tiene la fisonomía de un hombre bastante bueno.

DOCTOR.—Sí, se engaña uno porque es grueso; pero en él hay mala hombría de bien como hay mala grasa.

SR. FIGUEROLA.—¿No crees tú que él había echado su capote sobre ti para utilizarte como agente electoral?

DOCTOR.—Es posible; lo cierto es que su visita no ha sido desinteresada.

(*Rosa entra por la puerta izquierda.*)

ESCENA VII

DOCTOR, SR. FIGUEROLA, ROSA

ROSA.—Hay un hombre que viene de Los Salvajes, que ruega al señorito vaya inmediatamente después de la consulta, á La Luz .. es por una desgracia.

SR. FIGUEROLA.—¿De los salvajes? ¿Tú cuidas salvajes?

DOCTOR.—¡Ah, caramba!... Con Rosa es preciso estar iniciado; La Luz es el nombre de una quinta, á dos kilómetros de aquí, y los que Rosa llama salvajes, forman una pequeña colonia que practican las teorías neo comunistas. Eso es á lo menos lo que he oído decir, porque ellos nunca me han mandado llamar y me faltan datos precisos para saberlo bien; pero Rosa, que lo sabe todo, sin duda los posee.

ROSA.—(*Avergonzada.*) Yo sé... yo sé que el señorito cometería una injusticia si se enfadara; yo llamo salvajes á los bohemios, á los echadores de cartas, á los *distribuidores* que no necesitan del señorito para cuidarlos, puesto que ellos pretenden renunciar á todo lo del mundo. Además, si el señorito quiere seguir los consejos de una cristiana, hará bien de ir á La Luz, pero volver antes de la noche.

DOCTOR.—Está bien, Rosa, está bien. Entre tanto diga usted al Rey de las Montañas que yo... pero no... ¿Hay alguien para la consulta?

ROSA.—Nadie.

DOCTOR.—Entonces, hágalo entrar. (*A su padre.*) Vamos á hacerle hablar.

(*Rosa sale é introduce á Ros.*)

ESCENA VIII

DOCTOR, SR. FIGUEROLA, ROS

ROS.—(*Titubea un momento entre el doctor y su padre.*) ¿El Sr. Figuerola?

DOCTOR.—Servidor de usted.

ROS.—Encontramos esta mañana, tendido en el camino, un hombre casi muerto. Le hemos transportado entre nosotros, y como era fácil reconocer su enfermedad, logramos reanimarlo.

DOCTOR.—¿Qué es lo que tenía?

ROS.—Tenía hambre. Pero su caída ha abierto una antigua herida bastante grave y que nosotros somos incapaces de curar. Por lo que hemos pensado venir á buscar á usted.

DOCTOR.—Está bien. Puede usted contar conmigo. ¿Dónde debo ir?

ROS.— A La Luz, donde se estableció el año pasado una pequeña colonia comunista de la que quizá usted haya oído hablar.

DOCTOR.—En efecto... ¿Es usted el director de esta empresa?

ROS.—La empresa no tiene director. Yo soy Eugenio Ros, uno de los compañeros que se han reunido para poner en común sus bienes y su trabajo; los productos de la explotación son de todos, la tierra no es de nadie.

DOCTOR.—¿Y son ustedes muchos en La Luz?

ROS.—Una veintena por el momento. Cinco familias con siete hijos y cuatro célibes.

DOCTOR.—¿Es indiscreto preguntar á usted el origen de esa agrupación?

SR. FIGUEROLA.—Sí, porque para realizarla, faltaba que les cayeran del cielo los bienes.

ROS.—¡Ah, no de tan alto! ¡Pero es toda una historia! Si ella puede interesarles...

DOCTOR.—Creo que sí. ¿Verdad, padre?

SR. FIGUEROLA.—Indudablemente. (*El doctor presenta una silla á Ros.*)

ROS.—(*Sentándose.*) ¡Pues bien! Mi oficio es sastre; á los doce años ya me ganaba la vida... Llegó un momento en que reflexioné que con mis veinticinco años de trabajo había dado no pocos gabanes al comercio y, sin embargo, yo iba sin él. Esa reflexión la hice á buena hora. Después he meditado mucho, muchísimo... He andado tanto camino con mis piernas como con mi cerebro... viendo por doquiera personas que llegaban difícilmente á vivir y aún á morir zancajeando de la mañana á la noche como bestias de carga. Sin embargo, está demostrado que el hombre, escogiendo la clase de trabajo que mejor con venga á sus aptitudes, produce mucho más de lo que necesita para su consumo. ¿A quién, pues, aprovecha el aumento de trabajo que postra al obrero? ¿A su familia? No, ya que apenas puede procurar, lo más frecuentemente, de que llegue á comer. ¿A los pobres? Tampoco, porque el número es cada día mayor. Y comprendí el juego del organismo social que sujeta al obrero á conservar los zarzales donde deja desde luego su lana y por fin el pellejo que está debajo.

SR. FIGUEROLA.—(*Sonriendo.*) ¿Está usted seguro de haberlo comprendido?

ROS.—Yo no soy perezoso ni rechino ante ninguna labor para ir en ayuda de los desgraciados. Prefiero mejor trabajar como cuatro, que no para cuatro cuando los otros tres extraen su superfluo de mi necesario. En fin, soy un prisionero que se niega á mejorar lo acostumbrado de sus guardianes. He ahí todo.

SR. FIGUEROLA.—La sociedad no está compuesta únicamente de carceleros y de detenidos.

ROS.—¡Oh, no!... Hay también los visitantes del domingo, las almas buenas y sensibles que traen á los prisioneros, para hacerles tener paciencia y adormecer su rabia, promesas, caridades, sistemas y otras hierbas.

SR. FIGUEROLA.—Estas ideas le son á usted familiares. ¿Las ha desarrollado quizá en los talleres y en las reuniones públicas?

ROS.—Sí... hasta el día en que la incredulidad de los amigos como la de los adversarios me determinó á pasar de la palabra á los actos. Los mejores discursos entretienen el sufrimiento humano, pero no lo remedian; en la boca que los pronuncia y en las orejas que los escuchan, llegan á ser una plegaria y un llamamiento al milagro. Y nosotros no creemos en la eficacia de las rogativas ni en la virtud de los milagros. No se despertará la masa de su amodorramiento más que instruyéndola con el ejemplo. Es con las lecciones de cosas como se comienza la educación de los ciegos. El pueblo es todavía un niño ciego; se le debe conducir de la mano hacia su ideal materializado.

SR. FIGUEROLA.—Sí, es la hermosa misión que procuraban ya, en la época de mi juventud, los que les titulaban los utopistas. Icarianos, Santsimonianos y Fourieristas, no estaban siempre de acuerdo sobre el camino que debían seguir, pero la felicidad común y la fraternidad universal eran propuestas como un mismo fin para su marcha siempre adelante. El cándido Cabet desplegó la fórmula que es sin duda la vuestra: «A cada uno según sus necesidades, dé cada uno según sus fuerzas»; Fourier utilizó las pasiones y Saint Simón las capacidades para hacer todos la labor atractiva. Y no serían discípulos tan impacientes como usted los que se fueron con el honrado Considerant al Texas para hacer una tertulia de colonización que resultó estéril.

ROS.—¡Pardiez! como todas las tentativas de ese género. Su fracaso era de prever en un país desconocido donde venían á juntarse, á la falta de recursos, de herramientas, de medios de acción, las dificultades inherentes al sol, al clima y á las costumbres locales.

SR. FIGUEROLA.—Parece muy lógico que por lo mismo que usted repudia los procedimientos y las violencias de la vieja sociedad, busque lejos de ella, lo más lejos posible, tierras vírgenes favorables á sus experiencias.

ROS.—¡Oh! Ya sé que ustedes fomentarían espontáneamente, una partida que les desembarazaría de nosotros sin efusión de sangre ni gastos de viaje á cargo de ustedes. Pero nosotros no pretendemos renunciar á las ventajas de la civilización representada por todas las conquistas de la ciencia y del trabajo. Esas casas que nuestros padres edificaron, ese suelo que las manos de ustedes apropiaron, es la herencia social que nos pertenece de derecho y de la cual nosotros reclamamos nuestra parte.

SR. FIGUEROLA.—¡Bueno! Pero los ensayos de asociaciones más ó menos comunales practicados especialmente en Francia é Inglaterra, me parece que no tuvieron mejor éxito.

ROS.—Eran muy diferentes de la nuestra.

SR. FIGUEROLA.—¡Oh, naturalmente! Pues bien, veamos ésta.

ROS.—Hace tres años, he de repetir siempre lo mismo, determiné obrar.

SR. FIGUEROLA.—¡Oh, oh!

ROS.—No me comprende usted bien. El tiempo ha pasado de los pretextos ingenuamente ofrecidos á las medidas de represión siempre desastrosas. ¡Como si fuéramos tontos! Hagan tortillas si ustedes gustan, pero no cuenten con nosotros para la provisión de huevos.

SR. FIGUEROLA.—¿Aguarda usted mejores resultados de las huelgas pacíficas y disciplinadas?

ROS.—Yo no he dicho esto. Las huelgas, discutiendo el aumento de los salarios, reconocen implícitamente la legitimidad del principio. Es como si la caza mayor criticara la carga de pólvora y plomo que se le envía; es más urgente retirar el fusil al cazador.

DOCTOR.—¿Entonces?

ROS.—Entonces, por medio de un pequeño periódico revolucionario donde tenía amigos, dirigí un llamamiento á los partidarios del establecimiento de una colonia comunista en España.

SR. FIGUEROLA.—¿Y su llamamiento fué atendido?

ROS.—Las adhesiones afuyeron; llegando durante un mes de todos los puntos de España.

DOCTOR.—¿Y dinero?

ROS.—El dinero fué más escaso; sólo recogí céntimo á céntimo trescientas pesetas en un año. Con esta suma no podíamos comprar ó alquilar algunas hectáreas de terreno indispensable para poner en práctica nuestro proyecto.

DOCTOR.—En efecto.

ROS.—Sin embargo, la idea no interesaba sólo á los camaradas, puesto que recibí un día en mi cuchitril la visita de un caballero que de momento tomé por un espía; era un filántropo: el Sr. Santibáñez.

SR. FIGUEROLA.—Aguarde usted. ¿Santibáñez, el antiguo refinador?

ROS.—Precisamente.

SR. FIGUEROLA.—Tengo noticias de él; era un hombre rudo, fantástico y desconfiado que adquirió en la industria algunos millones y que vivía solo, mezquinamente, con un solo criado y una cocinera en su magnífico hotel de la Castellana.

ROS.—Este es.

SR. FIGUEROLA.—Era el tipo del bienhechor que no quiere ser arruinado y que recibe

los que solicitan algo de él, como un juez de instrucción recibe á los reos. No socorría jamás sin informes personales. ¡Las escaleras que él ha subido! Luego murió.

DOCTOR.—La expiación.

SR. FIGUEROLA.—Sí, dices bien; expiación voluntaria. En Santibáñez la locura de la riqueza, al fin se le cambió en delirio de la restitución. Pero para hacer su fortuna, habíase rodeado de menos escrúpulos que mostraba para restituirla.

DOCTOR.—Era también menos apremiante.

SR. FIGUEROLA.—Hay más aún. Cuatro testamentos sucesivos tradujeron bien sus indecisiones. Se cuenta que, al fin, apurado para optar entre las obras filantrópicas á las cuales destinaba su herencia y que son en número de sesenta y cuatro mil...

DOCTOR.—¿Dices?

SR. FIGUEROLA.—Digo sesenta y cuatro mil; las tenía todas puestas en un talego, antes de invitar á su notario á echar la suerte á veinticinco, á cada una de las cuales ha dejado cien mil pesetas.

DOCTOR.—Esa lotería da buena idea del funcionamiento y de la eficacia de la filantropía en nuestra época.

ROS.—Reconozco al personaje. Vino, pues, á mi casa á verme y me interrogó con desabrimiento: «¿En fin, que es lo que pretende usted, dijo;» yo le contesté: «Reemplazar el trabajo, individual ó colectivo, en provecho de uno solo, por el trabajo de todos en provecho de todos.» El insistió. Yo expuse entonces el plan de una vida nueva, basada en la producción sin salario, el cambio sin tasación y el consumo sin dinero; presentando el desarrollo de un estado social donde serían eliminados progresivamente el principio autoritario, el derecho de propiedad, los intermediarios y la moneda, retirando cada uno de la comunidad lo que fuera necesario á la satisfacción de sus necesidades y siendo cada cual juez de sus acciones. No me interrumpió ni una sola vez; pero de cuando en cuando sonreía ó levantaba los hombros. Únicamente al final me dijo: «Está bien, no digo que no quiero ayudarle, pero más tarde... lo más tarde posible... veremos.» Se fué y no oí hablar más de él por mucho tiempo. Juzguen ustedes cual sería mi sorpresa, el día en que un notario me convoca para participarme que el Sr. Santibáñez, decidido, deja á Eugenio Ros la quinta y el terreno de La Luz que se extiende sobre veinte hectáreas para establecer allí una colonia industrial y agrícola.

MAURICE DONNAY.—LUCIEN DESCAYES

Traducción de Soledad Gustavo.

(Se continuará.)

PARIS

(Continuación.)

Y con un ademán, Francisco indicaba, más allá del Jardín del Luxemburgo, las instituciones, los libres liceos, las escuelas superiores, las facultades de Derecho y de Medicina el Instituto con sus cinco Academias, las Bibliotecas y Museos sin número, y todo aquel dominio del trabajo intelectual que ocupa un vasto campo en el inmenso París. Y Pedro, conmovido, vacilante en su negación creyó oír, en efecto, el rumor de las clases, de los anfiteatros, de los laboratorios, y de las simples habitaciones de estudio, el sordo murmullo del trabajo de todas aquellas inteligencias. No era la trepidación incesante, el cla-

mor ruidoso de las fábricas obreras, donde el trabajo manual fatiga é irrita; pero aquí, el suspiro era también de cansancio, el esfuerzo, no menos mortífero, y la fatiga igualmente fecunda. ¿Era, pues, verdad, que la juventud intelectual se hallaba siempre en su fragua silenciosa, sin renunciar á ninguna esperanza, sin abandonar conquista alguna, forjando la verdad y la justicia de mañana en plena libertad de espíritu, con los martillos invencibles de la observación y de la experiencia?

Francisco acababa de levantar la cabeza para mirar la hora en el reloj del palacio,

—Voy á Montmartre—dijo—. ¿Me acompaña usted un poco?

Pedro aceptó, sobre todo cuando el joven hubo añadido que pasaría por el Museo del Louvre, para buscar á su hermano Antonio. A la clara luz de la tarde, las salas del Museo de Pintura, casi desiertas, tenían un aspecto tranquilo, sobre todo cuando se acababa de oír el estrépito de las calles, y no había allí más que algunos copistas, trabajando silenciosamente. Encontraron á Antonio en la sala de los Primitivos, muy absorto, dibujando una academia de Mantegna, con el más escrupuloso cuidado. Lo que le apasionaba en esos Primitivos no era el misticismo, el vuelo de lo ideal, que la moda quiere ver, sino por el contrario, y muy justamente, la sinceridad de realistas ingenuos, su modestia y respeto ante la naturaleza, y la lealtad minuciosa para traducir lo más fielmente posible. En los días de rudo trabajo iba allí á copiarlos, á estudiarlos, á fin de aprender de ellos la severidad, la probidad del dibujo, y todo el elevado carácter que deben á su candor de artistas honrados.

Pedro quedó asombrado al observar la pura llama que el trabajo había impreso en los pálidos ojos azules de Antonio; aquel rostro que comúnmente expresaba dulzura y meditación, estaba como enardecido por la fiebre; mientras que en la espaciosa frente, heredada del padre, revelábase la serenidad y el talento. A los diez y ocho años, toda su historia se reducía á esto: una marcada repugnancia á los estudios clásicos, y evidente pasión por el dibujo, tanto, que el padre se resolvió á sacarle del colegio, donde no hacía nada de bueno. Antonio probó primeramente el grabado en cobre y el agua fuerte; pero muy pronto optó por el grabado en madera, y decidióse por él, á pesar del descrédito en que comenzaba á caer, envilecido en cierto modo por los procedimientos industriales. ¿No era todo un arte que se debía restablecer y desarrollar más? El joven soñaba en grabar en madera sus propios dibujos, ser el cerebro que ideaba y la mano que ejecutaba, de modo que pudiese obtener nuevos efectos de gran intensidad de visión. Para obedecer á su padre que exigía de sus hijos un oficio, ganaba el pan como todos los grabadores, haciendo clisés para publicaciones ilustradas; pero además de estos trabajos corrientes, había hecho ya algunas planchas de extraordinaria sensación y fuerza de vida, realidades copiadas, escenas de la existencia cotidiana; pero acentuadas por el rasgo esencial, con una maestría verdaderamente asombrosa en un muchacho tan joven.

—¿Quieres tú grabar eso?—le preguntó Francisco, mientras que guardaba la copia del Mantegna en su cartón.

—¡Oh! no—contestó—; esto no es más que un baño de inocencia, una buena lección para aprender á ser modesto y sincero... La vida es demasiado diferente hoy.

Ya en la calle, como Pedro se olvidase de sí con los dos jóvenes hasta el punto de acompañarles á Montmartre, sintiendo por ellos una simpatía creciente, Antonio, que iba á su lado, le habló de sus sueños de arte, sintiendo él también, sin duda, afinidades secretas de cariño y abnegación.

—Seguramente—dijo—el color es una fuerza, un encanto soberano, y sin él no hay evocación completa; pero por singular que sea, yo no le reconozco como indispensable.

Me parece que con el blanco y el negro puedo volver á crear la vida con igual intensidad, y hasta imagino que lo haré de un modo más severo, más esencial, fuera de la caricia engañosa de los tonos... ¡Pero qué tarea! Vea usted ese gran París que atravesamos: yo quisiera fijar la hora actual en algunas escenas, en varios tipos que puedan conservarse como testimonios inmortales; y esto, muy exacta é ingenuamente, porque el acento de eternidad no está más que en el simple candor del artista, muy humilde y muy creyente ante la naturaleza siempre hermosa. Tengo ya algunas figuras, que le enseñaré... ¡Ah! si osase atacar la madera directamente con el buril, sin enfriarme á dibujar primero! Por lo demás, con el lápiz no hago más que indicar el bosquejo; el buril puede hallar después energías y finuras inesperadas; y por eso, el dibujante y el grabador no son en mí más que una persona... La vida nace también de los dedos como del cerebro, cuando uno es creador de los seres.

Después, cuando los tres llegaron al pie de Montmartre y Pedro habló de tomar el tranvía para volver á Neuilly, Antonio le preguntó si conocía al escultor Jahan, que tenía en su taller trabajos para el Sagrado Corazón. Como el abate le contestase negativamente, el joven añadió:

—Pues suba usted un momento, es un muchacho de mucho porvenir, y verá usted la figura de un ángel que no le han admitido.

También Francisco elogiaba mucho aquel ángel, y esto decidió al sacerdote. Arriba, entre las barracas que la construcción de la basilica exigía, Jahan había podido instalar un taller en un cobertizo, bastante vasto para ejecutar el ángel colosal que le habían encargado. Los tres visitantes le encontraron, vestido con su blusa, y vigilando el trabajo de dos prácticos que se ocupaban en desbastar la mole de piedra de que debía salir el ángel. Jahan era un mocetón de treinta y seis años, muy barbudo, de boca grande y hermosos ojos muy expresivos. Había nacido en París, y pasado por la Escuela; pero con una fogosidad de temperamento que le ocasionaba continuos enojos.

—¡Ah! sí—exclamó—, vienen ustedes á ver mi ángel, aquél que el arzobispo no ha querido... ¡Pues ahí le tienen!

La figura, de un metro de elevación, y cuya arcilla comenzaba á secarse ya, tenía un aspecto magnífico, con sus dos grandes alas desplegadas; el cuerpo, casi desnudo, era delgado y de graciosas formas, y la cabeza un conjunto de perfección.

—Les ha parecido demasiado humano mi ángel—dijo Jahan—, y á fe mía que tienen razón... Un ángel es lo que hay más difícil de concebir, y hasta se vacila sobre el sexo. Después, cuando falta la fe, es preciso tomar el primer modelo que se encuentra, y copiarle, echándole á perder... Yo, al hacer éste, trataba de imaginarme un hermoso niño á quien crecían las alas, y que en la embriaguez del suelo llegara hasta la alegría del sol... Esto les pareció mal; han querido algo más religioso, y entonces les he hecho ese mamarracho. Es preciso vivir.

Y con la mano señalaba la otra figura, aquella cuya ejecución comenzaban los prácticos, un ángel correcto, con alas de oca muy simétricas, con cuerpo que no era ni de niña ni de muchacho, la cabeza inclinada, y expresando el éxtasis necio que la tradición impone.

—¿Qué quieren ustedes?—continuó—, todo ese arte religioso ha degenerado en la frivolidad más repugnante. Ya no se cree en nada; se construyen iglesias como cuarteles, y se decoran con imágenes de Dios y de la Virgen cuyo aspecto hace llorar. Es que el genio no es más que la florescencia del suelo social; y el gran artista no puede brillar sino con la fe de su época. . Así, yo soy nieto de un campesino, me crié en casa de mi padre que

vino á París para establecerse como marmolista en la calle de la Roquette. He comenzado por ser obrero, y toda mi infancia se pasó entre el pueblo, pisando el suelo de las calles, sin que jamás me ocurriese la idea de poner los pies en una iglesia... ¿Y qué será del arte en un tiempo en que no se cree ya en Dios, ni siquiera en la belleza? Es preciso adoptar la fe nueva, y esta es la fe en la vida, en el trabajo y en la fecundidad.

Y se interrumpió bruscamente para exclamar:

—¿Y mi figura de la Fecundidad? He trabajado en ella otra vez, y estoy bastante contento de mi obra... Vengan ustedes á verla.

Y se empeñó en conducirles á su taller personal, que estaba allí cerca, debajo de la casita de Guillermo. Se entraba por la calle del Calvario, esa calle que parece una escalera interminable; la puerta daba á unos pequeños patios, y después de franquear algunos escalones, llegábase á una vasta habitación, con muy buena luz, llena de figuras de yeso y bosquejos, entre los que se veía, de pie sobre su pedestal, la de la Fecundidad, cubierta de paños húmedos. Cuando la hubo descubierto, apareció con sus poderosas caderas, su abultado vientre, del que debía nacer un mundo nuevo, y su seno de esposa dilatado por el líquido nutritivo.

—Me parece—dijo el artista sonriendo—que el niño que naciese de semejante mujer sería un muchacho menos débil que las pálidas criaturas de hoy.

Pero mientras que Antonio y Francisco admirábanse, Pedro se interesaba por la joven que les había abierto la puerta del taller, volviendo á sentarse con aire de cansancio ante una mesita, con un libro en la mano. Era Lisa, hermana de Jahan; tenía veinte años menos que éste, y vivía allí desde la muerte de sus padres. Muy delicada, y de salud débil; su rostro, muy agraciado, seducía por su dulce expresión. Casi achacosa, andaba con dificultad, y hubiérase dicho que la inteligencia no se había desarrollado aún en aquella niña, que conservaba su candor infantil. A su hermano le había inspirado en un principio profunda tristeza; pero al fin se acostumbró á su languidez, y siempre ocupado en sus trabajos y proyectos, la descuidaba forzosamente, dejándola vivir á su antojo.

Pedro había observado el impulso fraternal con que Lisa había recibido á Antonio, y también vió á éste sentarse junto á la joven, después de haber felicitado á Jahan por su Fecundidad, para interrogarla y ver qué libro leía. Hacía seis meses que se había formado entre los dos el más tierno lazo. Desde el jardín de la casa de su padre, Antonio la veía á través de los cristales del taller, donde pasaba su existencia de joven inocente; se interesó al notar que estaba siempre sola, casi abandonada; y después, trabando conocimiento con ella, quedó seducido por su candor, y quiso despertarla á la inteligencia y á la vida amándola, siendo el espíritu y el corazón que fecundan. Desde entonces fué lo que su hermano no había podido ser para ella: había conseguido ya enseñarla á leer, cosa que no pudo hacer ninguna institutriz; escuchaba, y comprendía, y sus hermosos ojos claros se animaban poco á poco de una llama feliz. Era el milagro del amor, la creación de la mujer al soplo del amante joven que da su ser. Cierzo que estaba siempre tan débil, por su poca salud, que siempre se temía verla exhalar el último suspiro; mas ya no era la pequeña salvaje, la niña que sufría desde la primavera última.

Jahan, que estaba maravillado por aquel milagro, se acercó á los jóvenes.

EMILIO ZOLA

(Se continuará).

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

L'Humanité Nouvelle.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neuilly-sur-Seine.

Revue Franco-Allemand.—45, rue Custine XVIII^e, París.

El Obrero Albañil.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.

Freedom.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

Les Temps Nouveaux.—Rue Mouffetar, 140, París.

La Protesta.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.

La Defensa del Obrero, Gijón.

El Obrero.—Badajoz.

La Protesta Humana.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Nuevo Ideal.—Maloja, 172, Habana.

El Rebelde.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

La Question Sociale.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

El Obrero.—Calle Méjico, 3.376, Buenos Aires.

El Despertar.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).

L'Avenir Sociale.—Messina (Italia).

La Campaña.—Correo, 5, Santiago de Chile.

La Voz de la Mujer.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.

A Obra.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

La Aurora.—Minas, 117, Montevideo.

L'Università Popolare.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).

L'Education Liberaire, rue Reuilly, 3, París XII^e.

Le Reveil des Travailleurs, rue Monulphe, I, Liège (Bélgica).

La Alarma, Sardá, 33, Reus.

L'Emancipation, 30, Chaussé Saint Pierre, Bruxelles.

El Obrero Moderno.—Balsas, 3, Murcia.

L'Avenir.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Germinal.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

Le Reveil.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).

El derecho á la vida.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.

L'Agitazione.—Casella Postale, núm. 299, Roma.

El Acrata.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.

La voz del esclavo.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.

Palestra Social.—Rua Libero Badaró, 82, Sao Paulo (Brasil).

Federación.—Box, 81, Tampa Flá.

El Productor.—Provenza, 35, 2.º, 2.ª Barcelona.

Tribuna Libertaria.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.

L'Aurora.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)

Ontwaking.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).

Neues Leben.—Adalbert Str., 99, Hof, I, 49-II, Berlín, S. O.

Fraternidad Obrera.—San Fernando, 70, Cartagena.

El Cosmopolita, Panaderos, 18, Valladolid.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA



PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.